

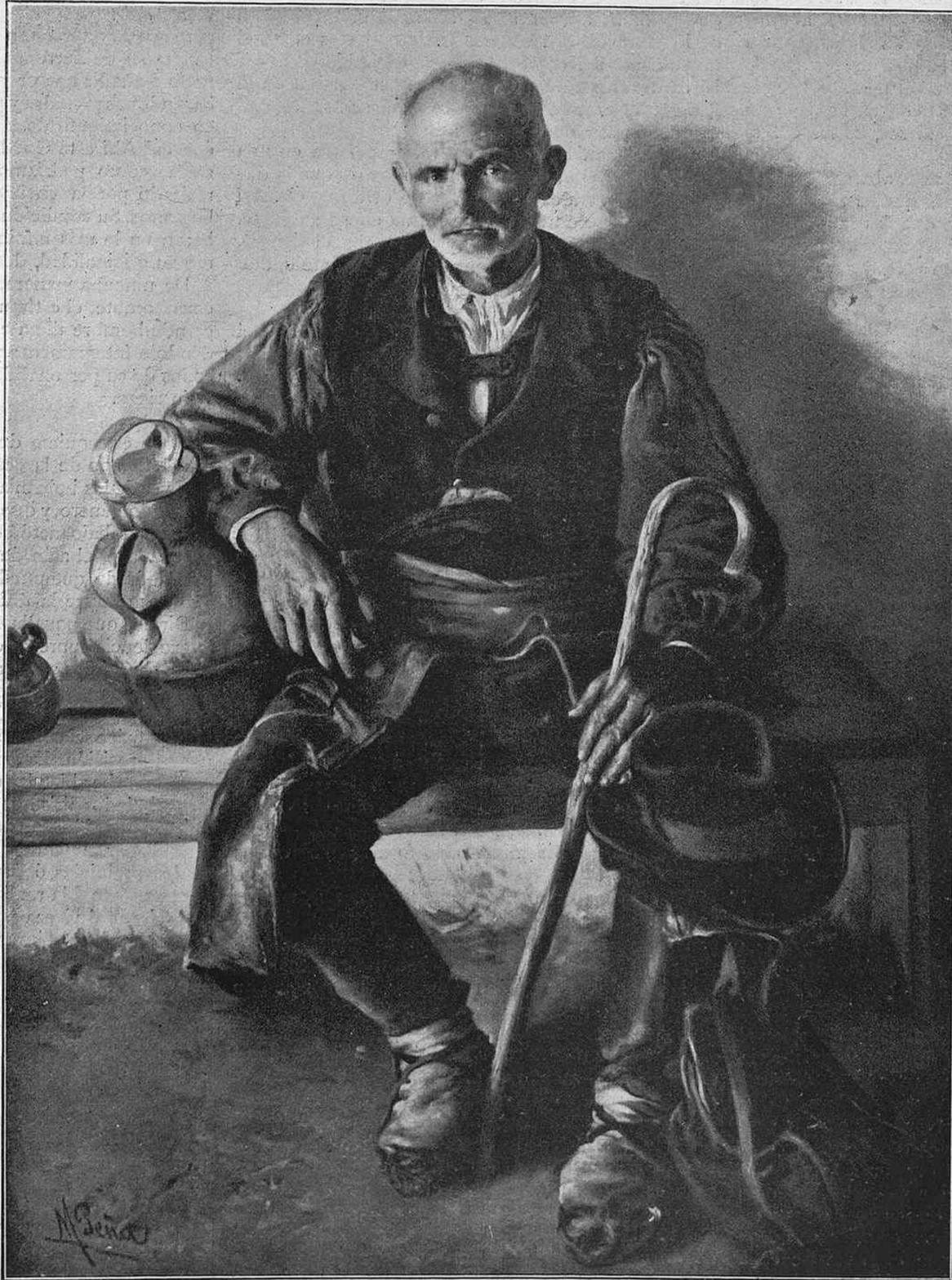
La Ilustración Artística



AÑO XXX

← BARCELONA 23 DE ENERO DE 1911 →

NÚM. 1.517



VIEJO PASTOR SORIANO, cuadro de Maximino Peña

(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1910.)

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por Miguel S. Oliver. — *Lo inesperado*, cuento por Sylvain Deglantine. — *Pablo y Virginia*. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Melilla*. — *Los pabellones de España*, por R. Monner Sans. — *Excelentísimo Sr. D. Domingo Juan Sanllehy*. — *Espectáculos*. — *Lo que puede el amor* (novela ilustrada; continuación). — *El «round» que jamás olvidaré*. — *Barcelona. El Museo Social*.

Grabados.—*Viejo pastor soriano*, cuadro de Maximino Peña. — Dibujo de Sardá, ilustración al cuento *Lo inesperado*. — *El escultor ruso príncipe Pablo Troubetskoi*, dibujo de Anders Zorn. — *La madre del príncipe Troubetskoi*, escultura modelada por éste. — *Ninfas huyendo*, grupo escultórico de Fernando Gysen. — *Pablo y Virginia en la isla de Francia*, dibujo de G. C. Wilmhurst. — *Melilla. S. M. el rey don Alfonso XIII* (diez fotografías). — *Parisiense*, cuadro de Andrés Brouillet. — *Madona*, cuadro de Roberto Fuchs. — *Buenos Aires. Los pabellones de España* (tres vistas). — *Excmo. Sr. D. Domingo Juan Sanllehy*. — *El último gran «match» de Ketchell*. — *Stanley Ketchell*. — *Federico Welsh*. — *Barcelona. El Museo Social: Vista de dos salas destinadas a instituciones sociales*. — *Laboratorio de química de la Universidad Industrial*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

¡Un año más!

Esta es la primera reflexión que se le ocurre al cronista al preparar su papel, al tomar su pluma, al abrir cuenta nueva, en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, a otro año que acaba de aparecer tímidamente. ¿Será mejor, será peor que el pasado? Y, ¿qué debemos entender por mejor ó peor, en la sucesión indefinida de las horas, de los meses, de las centurias?

Si en estos momentos tratamos de abarcar con una mirada el conjunto de 1910 y lo que ha representado para Barcelona, es posible que las impresiones desagradables ó molestas se sobrepongan a las demás y hasta que nos parezca ese año perdido, ó casi perdido, para el género de progreso que quisiéramos reflejar periódicamente en estas crónicas.

Verdad que no faltaron acontecimientos dignos de recordación, iniciativas que pueden resultar fecundas, trabajo, movimiento, afán de enriquecer el espíritu y de embellecer la vida. Mas todo ello parece esfumarse en la memoria dentro de un ambiente de depresión, momentánea á buen seguro, apagándose su voz bajo el rumor de las agitaciones políticas y sociales que han venido á dar el tono á los doce meses pasados.

Para los que miramos la política como un medio y no como un fin, esto es, para quienes creemos que el objetivo de la vida está en ella misma y no en sus luchas ni en sus querellas, nos desconsuela esa pérdida de tiempo en cosas no substanciales y, sobre todo, el ver que nos hallamos á perpetuidad dentro del período constituyente. Decía un satírico, á propósito de los académicos, que son unos hombres que se pasan la vida «hablando de cómo se ha de hablar.» ¿No es triste condición la de los pueblos que no tienen tiempo de vivir porque lo consumen enteramente tratando de cómo se ha de vivir?

Y no es que yo incurra en la candidez de creer posibles, en ningún tiempo ni en ningún punto de la tierra, esos ensueños de patriarcalismo absoluto, que suponen algunos haberse realizado en épocas primitivas y que otros creen vislumbrar en las lontananzas de lo porvenir. Ninguna forma, ninguna civilización, pueden ser estáticas é inmutables. Todo cambia y se modifica incesantemente en nuestro planeta y en el universo todo. Pero de ese cambio paulatino é incesante, á la exclusiva preocupación, prolongada á través de años y más años, á través de siglos completos, para establecer la normalidad de nuestra existencia sin encontrarla nunca, va gran trecho.

Más de una centuria lleva consumida España «hablando de cómo ha de hablar,» viviendo sólo para poner en claro cómo ha de vivir, disputándolo con la palabra y con la acción, con el pensamiento y con la violencia, en el libro, en la tribuna, en el periódico y en el campo de batalla. Total: que no ha empezado á vivir plenamente la vida moderna, moviéndose dentro de un círculo vicioso que, cada vez y á cada vuelta, la conduce al mismo punto de partida.

Es hora de empezar muy en serio la tarea; cada generación quiere poner manos á la obra, comenarla, darle término si es posible. No hay quien no lea en su interior el viejo aforismo lapidario: *ars longa vita brevis...* Y, no obstante, un sino histórico nos detiene perpetuamente y nos obstruye el camino extendiendo y enredando su madeja de cuestiones previas. «Hoy no es posible todavía—nos dice pérfidamente;—mañana, cuando se haya resuelto esto, y lo otro, y lo de más allá...» Y ese mañana no llega nunca, perpetuándose la interinidad y la vacilación, la inquietud y la impaciencia, la agitación y el cansancio de

primente, de que el año pasado de 1910 ha venido á ser un abreviado y como simbólico resumen.

Así la labor positiva, la labor de cultura, de arte, de pensamiento, viene velada y como oscurecida por el eterno problema constitucional dentro de que hemos girado. Y no es que faltasen empeños nobles, ni que se haya interrumpido el trabajo silencioso de los útiles y abnegados, sino que vino á faltarles aquella resonancia y pública atención que se va tras de las notas sobreagudas y llamativas, en tales períodos, y no tiene tiempo de concentrarse sobre los esfuerzos ocultos de la laboriosidad y de la perseverancia.

Se han publicado libros en extremo interesantes para las letras catalanas; se han celebrado Congresos como el de Electrológica y Radiología médicas, como el Nacional de la Tuberculosis, que han resultado verdaderos acontecimientos dentro de su especialidad; el arte musical, que ha conseguido organizar en Barcelona dos ó tres focos de intensa influencia, como la Wagneriana y el *Orfèu Catalá*, ha tenido un año brillante con el ciclo wagneriano del Liceo y las magníficas series de conciertos del Palacio de la Música. La Exposición del Retrato antiguo y moderno, fué un intermedio sumamente apreciable entre la última Exposición Internacional de Bellas Artes y la que se celebrará esta primavera. La ciudad se ha embellecido con notas tan sentidas y discretas como el busto de Fontova en el Parque ó tan grandiosas como el monumento á Robert en la plaza de la Universidad. El centenario de Balmes hizo volver la vista de la Europa filosófica sobre la patria y el centro de actividad del pensador octocentista.

En suma: la Barcelona activa, empeñada en una labor de provecho, ha seguido su ruta sin que la distrajeran estruendos ni voceríos de otra especie. Así como el hombre trabajador se aísla en su gabinete, con sus libros y sus notas, y aprovecha el tiempo, mientras por los pasillos corren los niños atolondrados ó disputan y riñen las mujeres.

Cuando remita un poco esa fiebre y agitación á que me refiero y vuelvan á la superficie y al primer término los intereses de la cultura y el trabajo substancial, es fácil que Cataluña y toda España tengan una verdadera sorpresa. Me refiero á la generación de estudiosos que en el transcurso de unos seis ó siete años se ha ido formando y despertando, al calor de diversas iniciativas locales y hasta simplemente privadas; mediante las pensiones al extranjero del Ayuntamiento, la Diputación ó la facultad de Medicina; en las cátedras de los «Estudis Universitaris Catalans;» ó en el Instituto de Estudios, de más reciente creación todavía. Diez, quince, veinte jóvenes, iniciados ya en el sentido de la técnica escrupulosa y del método, trocando la antigua «afición» por la seriedad profesional prometen inaugurar en España la era del trabajo científico sólidamente cimentado, en la arqueología monumental ó literaria, en la filología, en la fisiología, en las ciencias todas de observación. Así, por ejemplo, ahora va á abrirse la Escuela española de Roma, á semejanza de la que tienen allí para sus investigadores y pensionados, Francia, Inglaterra ó Alemania; y casi todos los alumnos, casi todo el plantel ó seminario, lo forman muchachos catalanes.

Yo creo sinceramente que este esfuerzo, y otros muchos realizados ya en la sombra, serán visibles para el gran público en un plazo relativamente breve y que entonces se comprenderá su trascendencia, la cual no podrá menos de traducirse en un aumento de nivel y de grado en nuestra cultura.

¡El trabajo metódico! He aquí, tal vez, todo el secreto de nuestra transformación. La mentalidad española se resintió siempre del mal de los improvisados, de los instintivos de la «chispa» sobreponiéndose al cultivo ordenado de nuestras facultades, para hacerlas rendir todo el fruto y provecho de que son capaces. Vemos medianías en el extranjero, con capacidad muy por debajo de ciertos talentos intuitivos que se pierden aquí miserablemente, las cuales producen un trabajo útil, investigan, trabajan sobre lo desconocido, ensanchan las fronteras de lo explorado sobre lo inexplorado. ¿Gracias á qué? Gracias al sistema, gracias á los instrumentos de trabajo de que disponen, gracias á la disciplina mental en que han sido educados, lejos de todo diletantismo y de toda «bohemia.»

De toda bohemia: esta es la palabra. La conferencia de Carrere en Madrid ha reverdecido este asunto pintoresco y que se enlaza más de lo que pudiera creerse con nuestro problema español. Una falsa sentimentalidad, aquella *Education sentimentale* que constituyó la preocupación constante de Flaubert y dió un carácter hondamente pedagógico á su litera-

tura novelesca, ha flotado sobre tres ó cuatro generaciones españolas con todo su influjo deletéreo y corrosivo. La bohemia fué una de las manifestaciones concretas de ese falso sentido de la vida; y al adoptarla el artista y el poeta como distintivo profesional; al entregarse á ella y creer que en una pobreza errabunda y celibataria siguen la ley de su destino y estimulan y ennoblecen la inspiración en recuerdo de los genios á quienes persiguió un infortunio no buscado..., no hacen á la postre más que dispersar un tesoro en las evaporaciones del tedio y la melancolía, sumirse en abulia voluntaria, debilitar la potencia de la nación.

Por fortuna, la historia literaria de Cataluña figura muy pobremente representada en la historia de la bohemia. El talento, la poesía, el arte no han excluído aquí á la austeridad y los pocos casos que se recuerdan de holganza, de disipación ó de «juerga,» son casi siempre importados ó excepcionales. La última etapa del modernismo, por ejemplo, produjo una ligera exaltación bohemia, pero absolutamente superficial y de traje: no se pasó más allá de las guedejas, la pipa y el sombrero de Rodolfo.

Esto mismo indica ya que aquí se toman las cosas algo en serio. Y esto es la mejor receta para progresar y curarnos de los vicios tradicionales. Claro que es asombroso que Zorrilla escriba en una noche *El buñal del godo* ó cosa de dos actos de otro drama; pero ¿qué no hubieran hecho además las portentosas facultades de Zorrilla si á su natural ingenio hubiese podido añadir una preparación sólidamente cimentada, en letras sagradas y profanas, en idiomas antiguos, en conocimiento de las grandes obras de todas las épocas? Ahí está Goethe: el genio doblado de sabiduría, como podríamos decir; el genio ayudado y realzado por la enciclopedia de los conocimientos humanos. Su condición, sus humanidades, ¿menoscabaron en lo más mínimo sus dotes nativas, cohibieron su originalidad, desnaturalizaron su visión?

De ninguna manera. Todo lo contrario: fueron el corroborante, el estímulo supremo para hacer que el grande hombre diera cuanto podía dar de sí, fecundándole íntegramente y en todas las porciones y recodos de su personalidad, sin dejar ninguno olvidado y sin riego.

Todo esto quiere decir que ha pasado para siempre el tiempo de la «espontaneidad,» efecto y causa á su vez de las bohémias literarias, artísticas, políticas y de todo género, y que ha llegado la hora de convertirnos al trabajo metódico, técnico, reflexivo, con base adecuada. Y el afán de esa conversión, es el síntoma más definido que puede observarse, al empezar este año 1911, entre la última juventud de nuestro país.

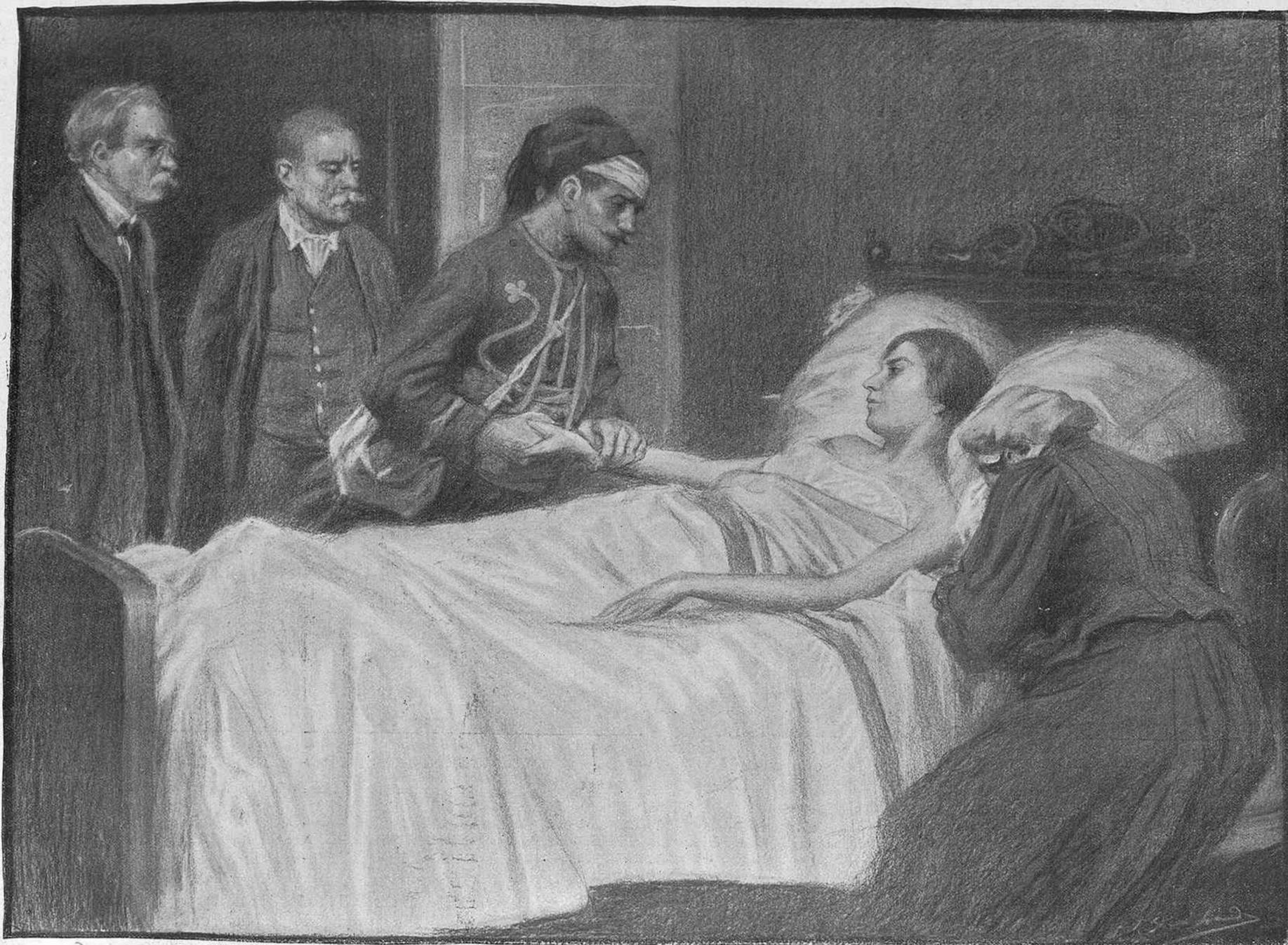
Diríase que aquella «probidad intelectual» que fué la excelencia suprema de Milá, á través de muy contados discípulos se ha abierto camino en la conciencia ilustrada y se ha posesionado de la última generación. Aquella probidad intelectual se caracteriza por sus exigencias, por sus reservas, por su escrupulo, por su precisión. Es una disciplina de la mente que obliga á saber bien las cosas antes de hablar de ellas, á suprimir los lirismos y las generalizaciones, á apurar el contenido de cada asunto y concentrarlo después lacónicamente y sin ostentación, á desconfiar de los prejuicios ó formas subjetivas, entregándose por completo á la realidad. En suma, á desconfiar de la «chispa» ó viveza natural, considerando que ellas en todo caso nos imponen la obligación de pulirlas y tallarlas según el arte paciente de los lapidarios...

De esta manera, y dispersos en todos los sentidos, direcciones y ramas de la cultura moderna, piensan quince, veinte, treinta, cuarenta jóvenes que han empezado á dar su fruto y que se perfeccionan en escuelas, en archivos, en seminarios extranjeros, ó trabajan aquí sin ruido, sin trazar planes de ciudades futuras, antes bien cifrando todo su cometido en construir sin anuncio previo una modesta casa, una acera, una fuente.

Y, ahora: ¿de quién esperar más? ¿De ese trabajo obscuro y abnegado, de esa labor de gabinete y biblioteca, de taller y laboratorio, continuado minuto tras minuto y hora tras hora como una ofrenda total á la patria y á su gloria? ¿Del clamor ostentoso de la plaza pública, del clarín de las revueltas ó de las llamas del incendio? Para mí no es dudosa la contestación; no puede serlo para nadie; no lo es ni para aquellos mismos á los cuales el viento de la actualidad arrastra en el sentido de la agitación política. No son siempre los militantes quienes encarnan el sentido patriótico y dan forma y ser á la patria nueva. Casi siempre esa labor incumbe á los trabajadores solitarios, retraídos y sin popularidad actual.

MIGUEL S. OLIVER.

LO INESPERADO, CUENTO DE SYLVAIN DEGLANTINE (1), dibujo de Sardá



Margarita abre los ojos á la evocación de aquella mirada que penetra hasta lo más hondo de su alma...

A Marcelo Prevost.

Después de un detenido examen, volvióse el doctor hacia los padres de la enferma.

—¡Valor!, les dijo.

—¡Mi hija está perdida!, exclamó entre sollozos la madre, inclinada ansiosamente sobre la cabecera de la cama.

—El dolor de usted me desconsuela, señora Borizot, siguió diciendo el médico, pero no me es posible ocultarle por más tiempo la verdad. Margarita está mal, muy mal; quizás no pase de esta noche. Únicamente una alegría grande podría salvarla.

De nuevo contempló á la joven que yacía allí con los labios amoratados y el rostro consumido, tiritando de fiebre y pálida como los crisantemos que pronto florecerían encima de su tumba. Y por delante de sus ojos volvió á pasar la imagen de aquella niña rubia que en otro tiempo encarnaba dos visiones deliciosas: la juventud y la belleza.

Hacía de esto unos cuantos meses. La primavera vestía con nuevos capullos el parque del castillo de Valençay.

Y la vejez del doctor se rejuvenecía con el encanto de la muchacha, que sonreía á la aurora, simbolizada en su gracia de virgen, y animaba con estremecimientos de alegría la inmovilidad de las doradas hojas que en la transparente superficie de los estanques se reflejaban. ¡Y de tanta juventud, de belleza tanta, sólo iba á quedar un recuerdo, apenas una claridad empalidecida en las tenebrosidades de las añoranzas!

Y desde aquel día la tristeza de los grandes duelos iba á posesionarse de la casita graciosamente situada

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

á la entrada del parque del que Borizot era primer guarda.

—¡Enrique!..

Como si el pensamiento del doctor hubiese arrasado el suyo hacia los crepúsculos del pasado, la enferma, en el delirio de la calentura, revivía queridas remembranzas.

Veíase nuevamente en el parque, envuelta en la frescura luminosa de la aurora y de la primavera. Enrique Nuret la llevaba cogida de la mano y juntos, con una cariñosa sonrisa en los labios, recorrían las anchas alamedas sobre las cuales extendíase, formando bóveda, un encaje de verdura.

Y sus juramentos y sus suspiros, en los que había algo de sus almas, mezclábanse, dominándolo, con el himno de amor que entonaban los pájaros aparejados en los nidos, el rocío que desde el cáliz de las rosas caía sobre la hoja seca del último otoño, y los viejos árboles, enamorados todavía de los recuerdos del lejano pasado.

—¡Enrique!..

Una tarde de otoño, él había partido con las hojas postreras que se lamentaban en los desiertos bosquecillos. El cuartel lo había arrebatado á la desposada.

Aquella partida causó pena muy honda á la pobre Margarita; fué el deshoje de sus primeras alegrías.

¿Acaso no había sido Enrique incorporado á la infantería de marina?

¿No le enviarían tal vez muy lejos, á alguna colonia malsana?

No en vano habíase alarmado Margarita.

Después de una permanencia de seis meses en Tolón, Enrique había sido embarcado para Madagascar.

Entonces la joven habíale seguido, en sus desolados sueños, al través de los mares pensando con tristeza en lo mucho que debía sufrir. Luego su imaginación se había detenido en las cercanías de Tamatave, en el destacamento á que había sido destinado.

Una noche, en una pesadilla, habíale visto asaltado por una cuadrilla de *fahavalos* (bandidos)... Los espantosos perfiles negros gesticulaban en torno suyo, junto á la hoguera del puesto incendiado... Él luchaba denodadamente... Un foganazo de fusil le quemaba el rostro... Una azagaya se hundía en su pecho y el que la hundiera retirábala teñida en sangre... Y el soldado caía en tierra.

Al correo siguiente, faltaba su carta.

Margarita había perdido inmediatamente noticias al ministerio de la Guerra.

Después de una larga espera, había llegado una carta á sus manos.

«Desaparecido,» decía.

¡Desaparecido! ¡Con cuántas angustias oprimía aquella palabra cruel el corazón de la joven!

Desaparecido ó muerto, ¿por ventura no eran casi una misma cosa?

Habían transcurrido algunos meses en aquella espantosa situación.

De nuevo había escrito Margarita al ministerio en demanda de informes.

Y de nuevo había recibido la misma respuesta de la vez primera:

«Desaparecido.»

Cansada de esperar, Margarita se había dicho que las soledades del parque ya no abrigarían las horas de amor que habían soñado pasar todavía en ellas, y que ya todo había concluido.

Las ráfagas de la desesperación marchitaron la florecencia de su juventud; sus piernas se negaron á llevarla al bosquecillo en donde seguían amándose los pájaros y las flores; y al fin hubo de quedarse en

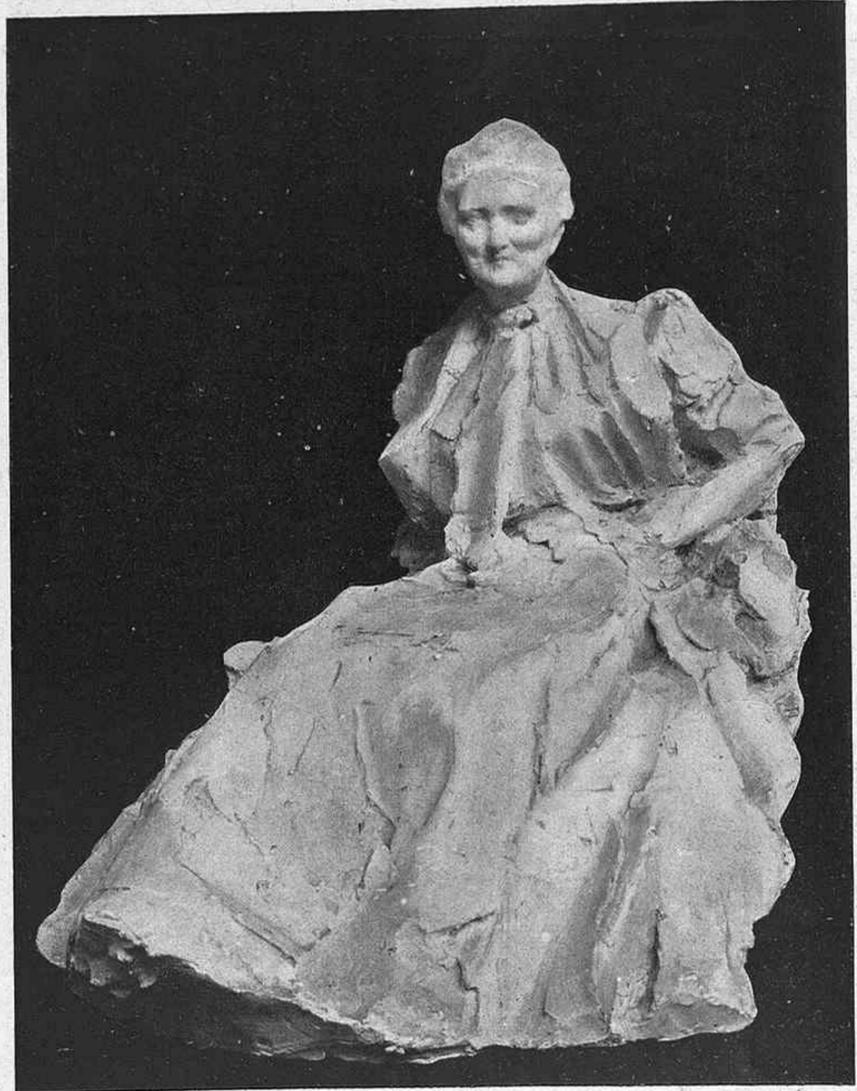
cama para comenzar la agonía que había de unirla, en la muerte, al novio desaparecido.

ojos á la evocación de aquella mirada que penetra hasta lo más hondo de su alma; sus labios se agitan

Pierre, sino una de las obras maestras de la literatura francesa y aun de la literatura universal. Eminentemente



El escultor ruso, príncipe Pablo Troubetzkoi, en su estudio, dibujo de Anders Zorn



La madre del príncipe Pablo Troubetzkoi, escultura modelada por éste

El príncipe ruso Pablo Troubetzkoi es uno de los más eminentes escultores de la actualidad. Su lema es «copiar lo que ve en la naturaleza;» pero sus obras demuestran que su labor no es de copia servil, sino que aquello que la naturaleza le ofrece él lo transforma, lo vivifica, imprimiéndole el sello de su personalidad vigorosa. Sus retratos (véanse además del adjunto los que reprodujimos en el número 1.475) son modelo en su género y se caracterizan por la firmeza del modelado y por la vida que los anima.

—¡Enrique!..

Varias veces murmuró aún la moribunda aquel nombre adorado.

Después la palidez de su semblante tornóse en lividez; suspiros dolorosamente largos entreabrieron sus labios muertos; y la profundidad nebulosa del más allá se fijó en sus ojos.

Sus padres aterrados sintieron que se rompía el lazo de vida que la unía á su afecto y rompieron á llorar.

De pronto la puerta se abre.

¿Quién es ese soldado que avanza con paso vacilante, de rostro demacrado y descolorido y con una cicatriz en la frente?

Sorprendiéronle en el puesto que ocupaba con algunos compañeros en las cercanías de Tamatave; lleváronle cautivo á lejanos bosques, después de herirle de un balazo en la frente y de un golpe de azagaya en el pecho; y allí permaneció durante meses en situación casi desesperada. Más de una vez sus enemigos quisieron darle muerte; pero siempre el oráculo se pronunciaba en favor suyo.

Y una noche sus compañeros sorprendieron, á su vez, y mataron á los *fahavalos*, y se lo llevaron á Tamatave, desde donde fué embarcado para Francia. Nuevamente atravesó los mares, tendido en una litera, sin fuerzas para razonar ni para pensar en escribir ó hacer escribir á los que por su suerte lloraban.

Conducido al castillo de Valençay, sólo desde hace dos días ha recobrado el uso de todas sus facultades mentales y se halla en vías de completa curación.

El recién llegado se aproxima al lecho.

—¡Margarita!, exclama sollozando y besando á la moribunda.

—¡Demasiado tarde!, murmura el doctor moviendo su cabeza con desaliento.

Pero aquel beso ha hecho estremecerse aquel cuerpo que parecía inanimado. Margarita abrió los

y enlazando sus brazos al cuello del soldado, musita dulcemente:

—¡Enrique!.. ¡No, no es demasiado tarde!.. Para juntarme contigo he ido lejos, muy lejos, allí donde los muertos esperan. Tu voz me ha dicho que no estabas allí y vuelvo á la vida adonde tu amor me llama.

críticos de todos los tiempos y de todos los países le han prodigado los más entusiastas elogios. De los muchos laudatorios juicios sobre ella emitidos reproduciremos el de Chateaubriand:

«El encanto de Pablo y Virginia consiste en cierta moral melancólica que brilla en la obra y que podría compararse con el resplandor uniforme que difunde

la luna sobre un paraje solitario alfombrado de flores. Los personajes son tan sencillos como la intriga: son dos bellos niños, á quienes se ve en la cuna y en la tumba, dos fieles esclavas y dos damas piadosas. Estas buenas gentes tienen un escritor digno de su vida: un anciano que se ha quedado solo en la montaña y que sobrevive á cuanto amó, relata á un viajero las desdichas de sus amigos entre los escombros de las cabañas de éstos...

Esta pastoral no se parece ni á los idilios de Teócrito, ni á las églogas de Virgilio, ni tampoco á las grandiosas escenas rústicas de Hesiodo, de Homero ó de la Biblia; pero recuerda algo inefable, la parábola del Buen Pastor.»

En la HISTORIA DE FRANCIA que dirige el eminente Lavisse y en el capítulo correspondiente á *Las letras*, de la época de Luis XVI, se dice lo siguiente:

«La obra más poética de aquel final de siglo es de un prosista, Bernardino de Saint-Pierre, discípulo de Rousseau en filosofía y en amor á la naturaleza, filósofo mediocre hasta rayar en lo ridículo y afortunado amante de la naturaleza. *Pablo y Virginia* es una historia sencillísima, de la sencillez de lo antiguo, porque en ese idilio reaparece la inspiración de la Grecia; pero el idilio es melancólico y termina en lágrimas. Su escenario es la lejana Francia insular, en donde todo es más grande y más terrible, la

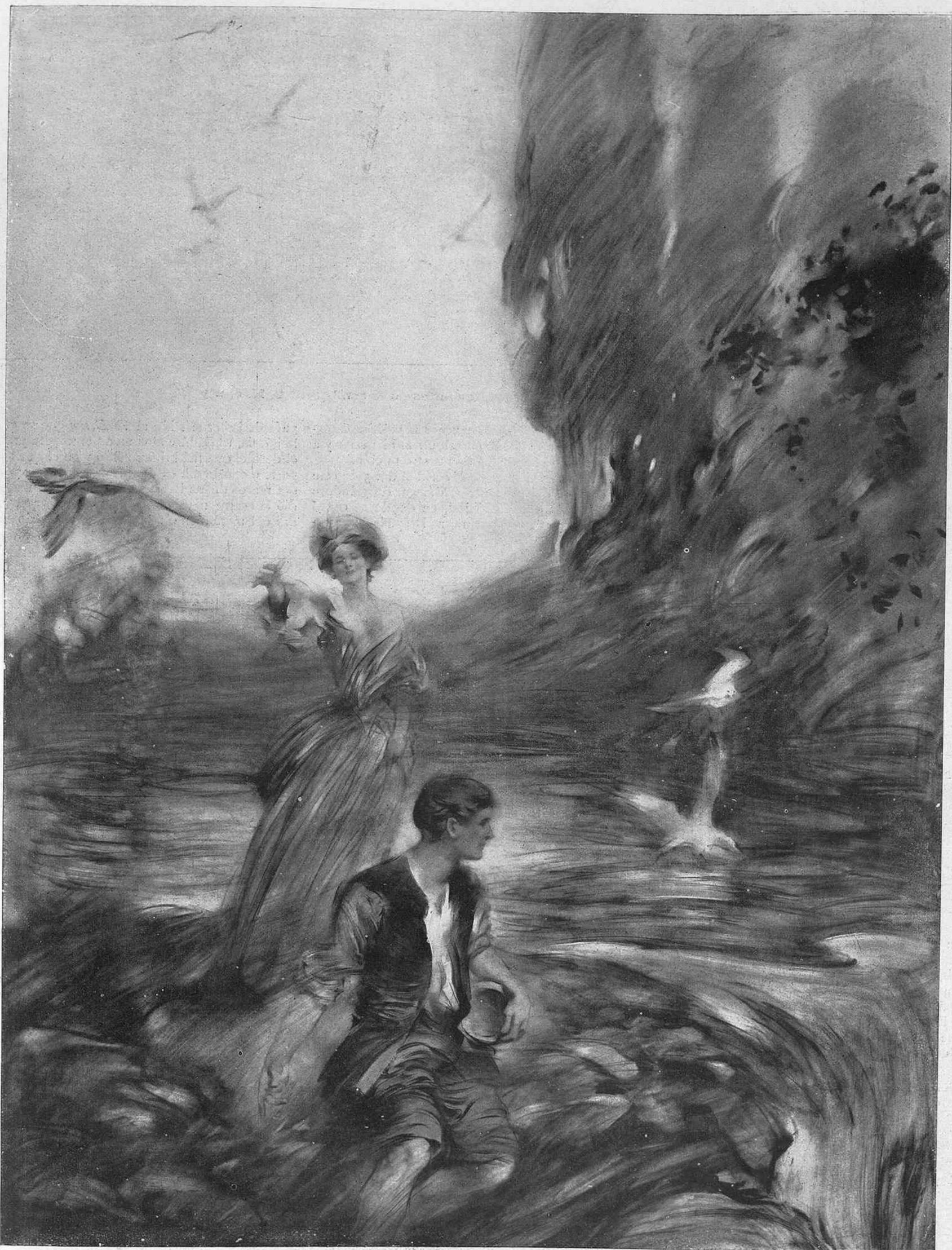
tierra, el cielo, el mar. Y el escritor es un artista que ve claro, que siente hondo y cuya pluma describe visiones y sensaciones con una especie de magia natural.»



Ninfas huyendo, grupo escultórico de Fernando Gysen (Exposición Internacional de Bruselas. 1910.)

PABLO Y VIRGINIA

Esta novela de fama universal es no sólo la obra maestra de su autor, el ilustre Bernardino de Saint-

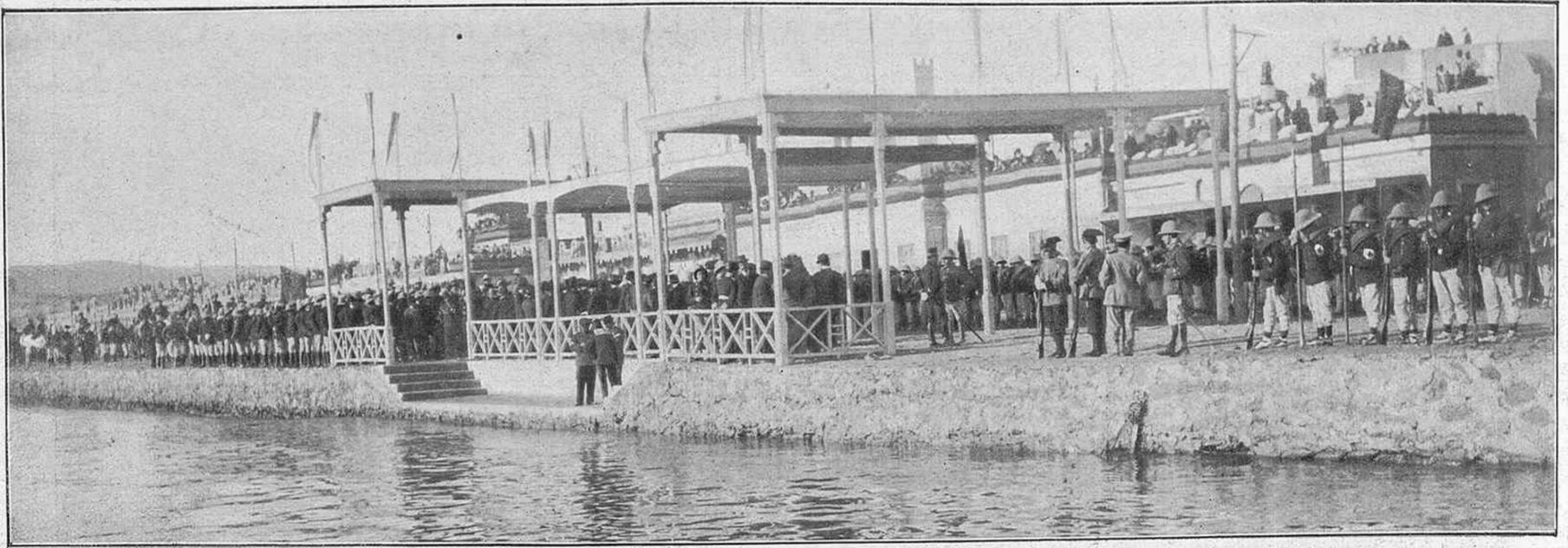


PABLO Y VIRGINIA EN LA ISLA DE FRANCIA, dibujo de G. C. Wilmhurst

«Así crecieron aquellos hijos de la naturaleza, sin cuidados que arrugaran su frente ni intemperancias que corrompieran su sangre, sin pasiones malignas que depravaran su corazón. El amor, la caridad y la inocencia desarrollaban de día en día la belleza de sus dos almas, exteriorizándose con infante encanto en sus facciones y ademanes. En la aurora de la vida poseían todas las frescuras matinales. ¡Cuán parecidos á ellos debieron de ser en el Edén

nuestros primeros padres cuando al salir de las manos del Altísimo se miraron, se aproximaron, departieron como hermana y hermano! Virginia, dulce, modesta, confiada, como Eva; Pablo, semejante á Adán, mostrando como él la robustez del hombre y el candor del niño.» (*Pablo y Virginia*, edición de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA. Traducción de Melchor de Palau.)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN MELILLA. (Fotografías del capitán Lorduy.)



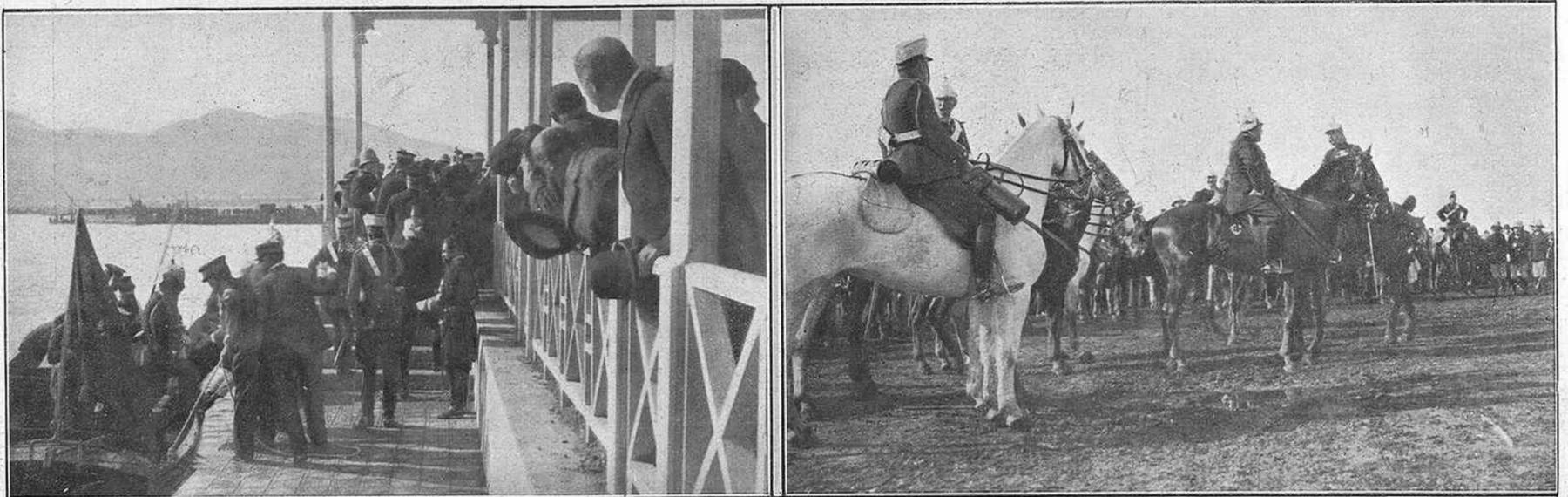
El desembarcadero de Melilla momentos antes de desembarcar S. M. el rey

Por segunda vez ha querido S. M. el rey D. Alfonso XIII visitar nuestras posesiones del Norte de Africa; hace dos años, poco antes de la guerra de Melilla, estuvo en Ceuta; ahora ha dedicado su visita a los lugares que fueron teatro de la última campaña y a los territorios que, como consecuencia de ésta y por virtud de solemnes pactos internaciona-

dose al fin a realizar en Marruecos la política de expansión que tanto puede contribuir al bienestar y a la regeneración económica de nuestro pueblo.

D. Alfonso XIII salió de Madrid el día 5 de este mes y llegó el día siguiente a Málaga, dirigiéndose desde la estación a la catedral, en donde se cantó un *Te Deum* y se rezó una misa. Después hubo re-

pués de haber asistido al *Te Deum* que se cantó en la iglesia, trasladóse al campamento para presenciar el desfile, que fué brillantísimo y en el que tomaron parte 9.000 hombres de nuestras tropas y prestigiosos moros de las kabilas vecinas. Por la tarde presidió la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento a los héroes, visitando luego el



Desembarco de S. M. el rey.—S. M. el rey conversando con el ministro de Marina después del desfile de las tropas

les, han sido confiados a la acción civilizadora de España.

El viaje del monarca y del presidente del Consejo de Ministros que, con el ministro de Marina, le ha acompañado, constituye una manifestación explícita de que España quiere cumplir los deberes de la misión que las potencias le han encomendado y ejercitar los derechos que tales deberes suponen, decidién-

te a la recepción oficial y recepción popular en el gobierno civil y banquete en la Diputación; y por la tarde el *Giralda*, en donde había embarcado el rey, y los demás buques de la escuadra, *Princesa de Asturias*, *Río de la Plata*, *Extremadura*, *Terror* y *Audaz*, zarparon para Melilla.

Desembarcó el rey en Melilla en la mañana del 7, siendo objeto de un recibimiento grandioso, y des-

cenderio y los hospitales tipo Docker.

El temporal de lluvias que se desencadenó el día 8 no fué impedimento para que se efectuase con gran solemnidad, y en presencia del rey, el acto de entregar los nuevos estandartes a los regimientos de cazadores de Taxdirt y mixto de artillería. Bendicidas las enseñas y entregadas a los respectivos jefes, dijose una misa de campaña, terminada la cual las



El presidente del Consejo de Ministros Sr. Canalejas conversando con los periodistas durante el desfile de las tropas y departiendo con el general francés Toutée, que fué a Melilla para cumplimentar a S. M. en nombre de su gobierno

tropas desfilaron marcialmente delante de S. M. Por la tarde celebró en el Salón del Trono del campamento la recepción regia y por la noche la función de gala en el teatro Alcántara.

no-marroquíes y la barriada obrera construída en la explanada del Príncipe de Asturias, y presidió la sesión de clausura de la asamblea de Cámaras de Comercio que se efectuó en el teatro Alcántara.

entregaron un mensaje de salutación y sacrificaron, en señal de sumisión, cinco terneras, una por cada kabila. Después visitó At-Laten y Seb, regresando ya de noche a Melilla.



S. M. en Uixam oyendo las explicaciones del oficial francés Sr. Delbrel, jefe de Estado mayor que fué de El Roghi.

El recrudecimiento del temporal hizo que se suspendieran todas las excursiones dispuestas para el día 9, durante el cual el rey visitó los barracones en donde se aloja el batallón de Ciudad Rodrigo y el campamento de la policía indígena; recibió a la comisión ejecutiva de la asamblea de las Cámaras de Comercio, que le entregó, para él y para su augusta esposa, sendas medallas de oro conmemorativas de la ceremonia de la entrega de los estandartes efectuada el día anterior, y presidió una junta de generales y autoridades de Me-



El general Jordana describiendo a Su Majestad el panorama que se divisa desde el monte Uixam.

La mañana del día 13 fué dedicada a la visita a Zeluán, en cuya Alcazaba S. M. recibió a varias comisiones de moros, a Bugenzein y a Tauima. Por la tarde revistó el monarca las tropas del Hipódromo y por la noche asistió al teatro.

El día 14 visitó el rey el tristemente célebre barranco del Lobo, recorriendo los sitios en donde se libraron los sangrientos combates del 23 y del 27 de julio, y por la tarde emprendió el regreso a la península.



S. M. en el campamento de Sidi Hamed-el-Hach.—S. M. acariciando á un niño moro en el camino de Zoco-el-Had.—S. M. en At-Laten

lilla que trató de asuntos económicos y comerciales.

A las ocho de la mañana del día 10 dirigióse don Alfonso XIII á Sidi Hamed-el-Hach, revistando la guarnición de aquellas posiciones, y luego á Nador, en donde visitó detenidamente todas las instalaciones, y á Segangán, en la kabila de Beni Buifur, cuyos habitantes le ovacionaron. Al regresar á su campamento, S. M. recibió á los kaides de Benisicar, Guelaya y Quebdana, que le entregaron un expresivo mensaje de adhesión y le regalaron cinco magníficos potros de pura raza árabe ricamente enjaezados. Por la tarde visitó el rey el cuartel de Santiago, inauguró la escuela indígena, costeadá por los Centros Hispa-

El día 11 realizóse la expedición á Hidum, en donde S. M. visitó el sitio en que se dió la famosa carga de Taxdirt y el pequeño cementerio en donde yacen los héroes que murieron en aquella gloriosa jornada, y á Yazanem, en donde los moros kabileños y los de la policía indígena corrieron la pólvora. De regreso á la playa, estuvo el rey en Zoco el Hadd, de Benisicar, en donde le ovacionaron centenares de moros.

El día 12 se efectuó la excursión á las minas de Uixam; D. Alfonso XIII fué obsequiado allí por la Compañía minera con un banquete, terminado el cual recibió á cinco kaides de Guelaya, quienes le

A la mañana siguiente llegó á Almería, cuya población, vistosamente engalanada, le tributó continuas ovaciones. *Te Deum* en la catedral, recepción en el palacio de la Diputación, excursión á la Alcazaba, banquete en el Ayuntamiento, visita al santuario de Santa María del Mar y *lunch* en el Casino Almeriense, tales fueron los festejos celebrados en aquella capital en honor del rey, quien salió de allí por la tarde, llegando á Madrid el 16.

Durante la estancia de S. M. en Melilla, fué á saludarle, en nombre de su gobierno, el general francés Toutée, comandante general de la división de Orán.—R.



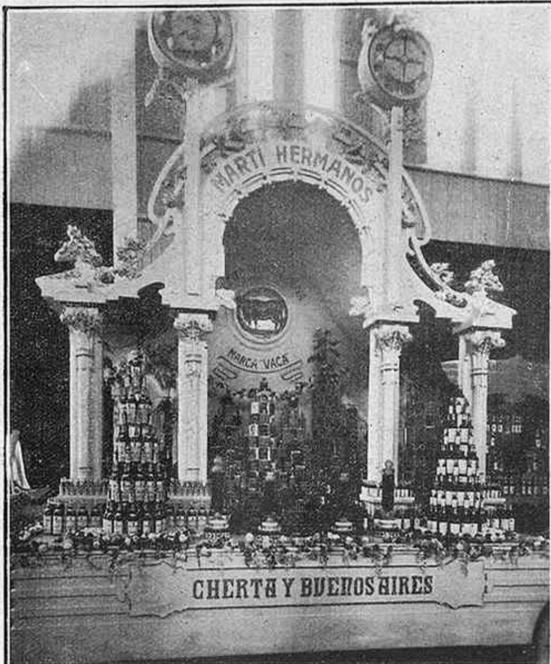
PARISIENSE, cuadro de Andrés Brouillet



MADONA, cuadro de Roberto Fuchs. (Fotografía de J. Löwy, de Viena.)

LOS PABELLONES DE ESPAÑA

No puede ser más agradable la impresión que se recibe al recorrer esas galerías donde se exhiben variadas manifestaciones de la actividad peninsular, y ricos productos naturales de su suelo. Aun para muchos españoles, tan espléndida exhibición constituye una sorpresa, pues son muchos los que de su región se ausentaron para venir á estas tierras, ignorando lo que se elaboraba en las demás regiones de su propia patria.



blan de la perturbadora política casera, sino la que pueden ver aquí retratada en sus obras. Pueblo que explota tan ricos productos, y que elabora tan artísticos manufacturados, tiene derecho al universal respeto y no á que se le crea retrasado sólo porque lo afirman cuatro politiqueros de oficio.» Y los argentinos sensatos nos dan la razón, y sus diarios baten palmas — *La Prensa* especialmente, — ante esa manifestación de nuestra vida fabril y comercial.

Gran parte de este triunfo, que lo es en verdad, se debe al celo de la Cámara Española de Comercio, y al infatigable empeño de su actual presidente Sr. Artal.

Las fotografías que se publican obra son de nuestro paisano D. Andrés Ramis.

De la Sección bibliográfica, que merece especial atención, trataré otro día, ya que en la actualidad está cerrado el pabellón que la guarda. Tuvo que clausurarse momentáneamente para componer los desperfectos que en él causara el violentísimo ciclón de estos días.

En los pabellones se celebran diversas fiestas que pretenden reproducir costumbres de algunas regiones españolas, fiestas muy del agrado de la clase más numerosa de nuestra colectividad, y que ni aplaudo ni censura, ya que para lo primero no me siento con bríos, y para lo segundo me faltan ánimos, pues tengo en cuenta la buena intención de sus organizadores.

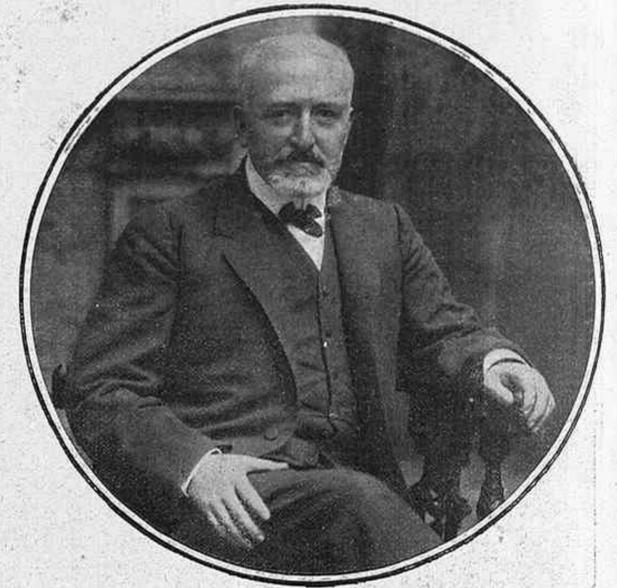
Los grandiosos pabellones de España han sido proyectados y dirigidos por el distinguido arquitecto argentino D. Julián García, quien, aunque nacido en Buenos Aires en 1875, es hijo artístico de Barcelona, ya que en la condal ciudad pasó diez y seis años, cursando en la Escuela de Arquitectura los estudios que le han permitido luego, y no bien regresó hace seis años á su patria nativa, abrirse camino y lograr ya respetado renombre.

R. MONNER SANS.

EXCMO. SR. D. DOMINGO JUAN SANLLEHY

Un carácter afable, un corazón bondadoso, una inteligencia clara, un amante ferviente, entusiasta de Barcelona, todo esto

la Católica y la roseta de la Legión de Honor, y pertenecía á varias sociedades mercantiles y á multitud de asociaciones be-



Excmo. Sr. D. Domingo Juan Sanllehy, alcalde que fué de Barcelona, fallecido el día 9 de los corrientes. (De fotografía de A. y E. F. dits Napoleón.)

néficas, entre ellas la de Amigos de los Pobres y Conferencias de San Vicente de Paul. ¡Descanse en paz!



Buenos Aires. Exposición del Centenario. Los pabellones de España.—Instalación de la casa Martí, propietaria de la marca de aceites La Vaca.—Vista del estadio de los Pabellones de España.

Para mí que llevo veintidós años de vida argentina, estos pabellones han colmado la medida de mi orgullo patrio, pues no sólo se han exhibido muchas y muy buenas cosas, sino que han sabido mostrarse en elegantes y artísticas instalaciones, como la de Martí, Lárez, Anís del Mono, etc., etc., ya que puesto á



D. Julián García, distinguido arquitecto argentino autor del proyecto y director de las obras de los Pabellones de España. (De fotografía.)

citar debería nombrarlas todas. Ante aquellas vitrinas guardadoras de verdaderas maravillas industriales hemos podido decirles á los argentinos: «La España de hoy, no es la que ustedes conocen por los telegramas de sus diarios, que sólo nos ha-

era el Sr. Sanllehy repentinamente fallecido el día 9 de los corrientes en esta ciudad. De su afabilidad eran prueba elocuente las generales simpatías de que gozaba en todas las clases sociales; de su bondad son testimonio los innumerables desvalidos que nunca acudieron en vano á sus sentimientos caritativos; su claro talento púsose de manifiesto sobre todo durante el tiempo en que desempeñó el cargo de alcalde; y su amor á Barcelona se demostró en todas ocasiones primero en la alcaldía y luego en la presidencia de la Sociedad de Atracción de Forasteros que tan excelentes servicios presta á nuestra capital y de la cual era, por decirlo así, el alma el Sr. Sanllehy.

A pesar de ser conocido por sus ideas conservadoras, fué un ministro liberal; el presidido por el general López Domínguez, quien le nombró alcalde de Barcelona; al subir al poder el señor Maura ratificó aquél nombramiento, que con tanta satisfacción habían recibido los barceloneses. El primer acto del señor Sanllehy como alcalde fué renunciar á favor de la institución benéfica de «La gota de leche» la asignación señalada á la alcaldía para gastos de representación. De toda su gestión al frente del Ayuntamiento, altamente beneficiosa para Barcelona, lo que más le satisfacía era el haber ultimado los preliminares de la Reforma interior, puesto su firma en la correspondiente escritura é inaugurado las obras, acto solemne al que asistieron el rey y el Sr. Maura, presidente entonces del Consejo de ministros.

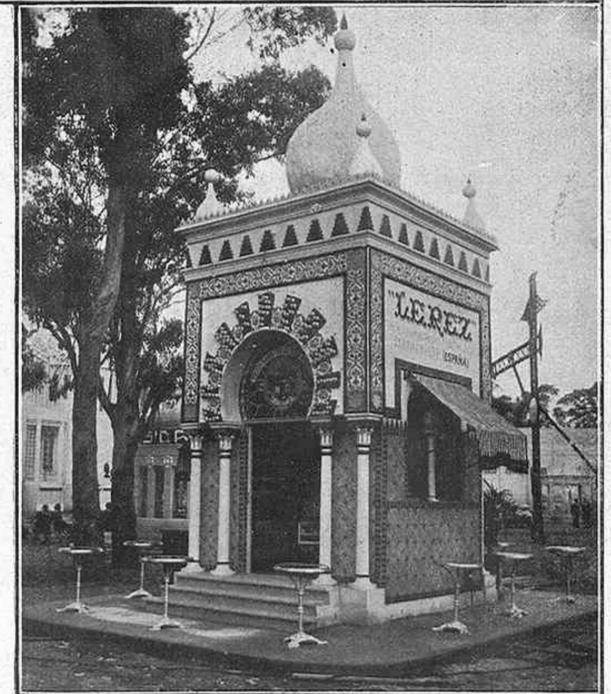
Cuando se votó el llamado Presupuesto de Cultura, el señor Sanllehy, entendiéndolo que sus creencias religiosas no le permitían transigir con la base del mismo referente á la enseñanza neutral, suspendió el acuerdo y dimitió la alcaldía; y aunque la dimisión tardó mucho en serle admitida, el señor Sanllehy no volvió al Ayuntamiento.

Fuó alcalde desde el 5 de septiembre de 1906 hasta 30 de junio de 1909.

El entierro del Sr. Sanllehy fué una de las más grandiosas manifestaciones de duelo que ha presenciado Barcelona; á ella concurren todas las clases sociales, pues en todas desde la más alta hasta la más humilde; tenía el finado amigos cariñosos y corazones agradecidos.

El cadáver del Sr. Sanllehy ha sido enterrado, por especial autorización, en la Catedral.

Poseía, entre otras condecoraciones, la gran cruz de Isabel



Instalación de las aguas minerales de Lárez (Fotografías de Andrés Ramis, remitidas por el Sr. Monner Sans.)

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Els zin-calós*, (Los gitanos), bellísimo esbozo dramático en un acto de Julio Vallmitjana, y *Fra Angel*, juguete en un acto de Francisco J. Godó; y en Romea *Les presons de nois*, adaptación catalana hecha por D. Carlos Capdevila del drama francés en cuatro actos de Lorde y Eliane, y *Ombres d'amor*, fantasía en un acto de J. Burgas.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito en el Español *Misterio*, tréptico dramático de Antonio Zozaya, y *Alma remota*, comedia en tres actos de Antonio Linares, con música de Jesús de Aroca; y en la Comedia *El desconocido*, comedia en tres actos, arreglo hecho por los Sres. Melgarejo y Gil Parrado de la obra francesa de Tristán Bernard *Le danseur inconnu*.

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Ya yo sé que mi hijo renunciaría á su fortuna en cuanto conociera la condición que se le impone; pero para que renuncie á su cariño, tiene que ser usted

ideas, y levantaron su pecho un enjambre de sentimientos de amor, de rabia, de sacrificio... Pero de todo aquel hervidero de su cabeza surgió, como sua-

con el remordimiento de haberlo conseguido á costa de la felicidad y el sosiego de una pobre muchacha. ¿Qué sería de ella?..



Dame por última vez la mano, Cayetano...

misma la que le obligue á ello... Yo le suplico á usted que se imponga el sacrificio de hacerle creer que no le quiere, y yo me comprometo á que, más tarde ó más temprano, se case con Silvia y herede la fortuna de su tío.

La altanería de la dama no había pasado nunca por semejante humillación: la de rogar, en tono suplicante, á una persona á quien había ultrajado tantas veces con su orgullo y herido con sus desdenes.

—Indíqueme usted el camino que debo seguir para lograrlo, dijo Rita. Al parecer ha trazado usted algún plan de antemano, y yo no he tenido hasta ahora motivo alguno para disimular lo que siento...

Al decir esto, la joven estaba pálida como una muerta, y cerrando y apretando convulsivamente las manos, trataba de conseguir la serenidad y el valor que necesitaba.

—Dígale usted que quiere á otro.

—¡No, eso no; nunca!, gritó la joven temblando nerviosamente. ¿Será usted capaz de exigirme que le engañe? ¿Para qué? ¿Para que me desprecie? ¡A mí, que le quiero más que á mis ojos!

Doña Milagros se irguió como si le hubieran dado un manotazo.

—La mayor prueba de amor que puede usted darle es renunciar á su cariño, dijo con frialdad.

Rita quedó unos momentos indecisa: fué una terrible lucha de un minuto, durante la cual se arremolinaron en su mente un sin fin de recuerdos y de

ve bálsamo, el primer encuentro en la capilla, la generosidad de Cayetano salvando del deshonor á Gontrán... Sin duda era la hora del desquite: él le había dado su corazón; ella le pagaría salvándole la fortuna del tío, aunque muriera de pena... Y se estrujó con ambas manos el pecho, aquel pecho en donde brincaba de dolor un corazón rebelde, tenaz, que se negaba á someterse al sacrificio. Pero también lucharon bravamente la voluntad, la gratitud, mientras el rostro de Rita, lívido y descompuesto, enseñaba á la altiva señora cómo es la imagen de los grandes dolores humanos. Hubo un instante en que la anciana miró compasivamente á la joven, y esperó con ansia su respuesta.

—Ha ganado usted, señora..., dijo Rita con voz ahogada. No perderá Cayetano su fortuna, ya puede usted irse tranquila... Sólo impongo una condición, y es que usted me defienda si alguna vez se atreviera el mundo á murmurar en lo que toque á mi honra; pues sólo usted sabe lo que me obliga á variar el rumbo de mi vida. Dios haga á sus hijos muy felices.

Doña Milagros estrechó á la joven entre sus brazos, y bendijo con toda su alma á la que había considerado hasta entonces como enemiga de su tranquilidad. Y mientras subía al carruaje, murmuró al oído de Rita:

—¡Ojalá pudieran ser las cosas de otro modo!

El coche se puso en movimiento, y en él se arrellanó doña Milagros orgullosa de su triunfo, pero

Rita volvió al cenador, y allí estuvo suspensa, ensimismada sin darse cuenta del correr de las horas. El sol se había hundido ya bajo el horizonte, y ahora la luna subía lentamente hacia las cumbres del cielo. Una brisa fresca bajaba de las montañas y movía con suavidad las hojas del cenador, sin distraer la atención de Rita, que se hallaba, toda, concentrada en el que ella creía tan lejos y que, desde hacía rato, se hallaba á su lado contemplándola en silencio. Desolada, había apoyado la joven su ardorosa cabeza entre las manos, mientras con su imaginación, al través de la sombra de Cayetano, veía desarrollarse todo aquel negro y tristísimo porvenir que la esperaba. De pronto Cayetano, sin poder contenerse ya en su muda contemplación, arrojóse á los pies de su novia exclamando:

—¡Rita, Rita mía!.. ¿Me perdonas?

La estrechó contra sí apasionadamente, sin que ella opusiera resistencia; pues, apoyada como tenía la cabeza sobre el hombro de su novio, bebía anhelosa, más bien que escuchaba las mieles que éste murmuraba á su oído.

—Nunca has estado conmigo tan cariñosa ni condescendiente, dijo Cayetano.

Y al ver que Rita correspondía á sus caricias exclamó, loco de júbilo:

—¡Ahora sí que nos casamos en seguida! Dentro de tres semanas...

Bastaron estas palabras para que se deshiciera el

encanto; Rita apartó á su novio con suavidad y firmeza á la vez, diciéndole:

—Perdóname, Cayetano, pero ésta es nuestra despedida...

La voz se le ahogó en un sollozo.

—¿Y te atreves á decírmelo, cuando aún siento el calor de tus labios en mi rostro, y el de tus manos en las mías? ¡Ten piedad de mí, Rita! Di que eso no es verdad, que no puede ser verdad... ¡Te mataría! Tus ojos mienten como engaña tu boca; porque eres la mentira misma, la coquetería, la infamia...

La joven permaneció callada, y Cayetano, fuera de sí, la sacudió brutalmente.

—¿No me contestas?... Entonces, ¿es verdad? ¡Habla!.. ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me enloqueciste?... ¿Por qué no sigues mintiendo y engañándome, si así me haces venturoso?

Rita, trastornada por el dolor, con los nervios deshechos y las facciones desencajadas, levantóse de la silla y, con voz temblorosa, conteniendo la explosión de su alma, dijo:

—Cayetano, te suplico que me creas por esta sola vez: no puedo obrar de otro modo... Tienes razón en despreciarme, ya que no tuve valor para resistir á tu cariño, á pesar de haberme tú dado esta mañana mi completa libertad. Desde ahora se separan completamente nuestros caminos; el que yo he de recorrer es harto espinoso y triste: me consagraré al estudio para poder aliviar algo á mis pobres padres... Pero te aseguro que el recuerdo de nuestros amores me levantará sobre todas las miserias y amarguras de la vida. Dame por última vez la mano, Cayetano...

—No, contestó el joven con sequedad.

—Pues entonces, ¡que Dios te proteja!

Y antes de que Cayetano pudiera impedirlo, Rita salió del cenador, atravesó el jardín y desapareció en el interior de la casa.

Cayetano, desesperado se arrojó sobre la misma silla que había ocupado la joven, y la besó mil veces y la regó con lágrimas de amor y de coraje, mientras gemía:

—¡Ese maldito francés tiene la culpa!.. ¿A qué vienen ahora esas músicas y esos cantos? ¡Ya lo creo que tiene enterrado un tesoro en la garganta!.. ¡Ojalá fuera fea, y ronca como un grajól!..

Y retorciéndose las manos rugía:

—Y ¡ahora me rechaza la infame, ahora precisamente, cuando tengo la casa lista y á mi madre medio conquistada! ¿Por qué me abrió las puertas de la felicidad, si había de cerrármelas de pronto, dejándome en los mismos umbrales?... ¡Desgraciada! ¿Conque te empeñas en seguir sola tu camino? ¿Tanto quieres volar que no te basta lo que yo puedo ofrecerte?..

Luego, como si se le hubiera iluminado el pensamiento, continuó:

—¡Que Dios te proteja, que tan criatura suya es el águila de las cumbres como la mariposa de nuestros jardines!.. Amor de mi vida, yo te bendigo y te adoro: prefiero sufrir tu desprecio y renunciar á tu posesión que verte desgraciada ó poco satisfecha á mi lado. Tú serás una artista, y yo me convertiré en trabajador para que el cansancio me impida soñar...

Pero á este dolor suave y tierno del recuerdo, sucedió repentinamente la rabia del desengaño; rióse el joven sarcásticamente y concluyó diciendo:

—Mi novela ha terminado, y con ella acabarán también el cariño y la juventud. Desde mañana seré otro hombre, y con el trabajo me reconquistaré á mí mismo. ¿Por qué he de irme al fondo, como tantos otros, por la falsía de una mujer?

Y, resueltamente, echó á andar hacia su casa.

V

Rita no pegó los ojos en toda la noche; lloró mil veces y rezó otras tantas, suspirando por la luz del día; y le pareció que se le quitaba un peso enorme cuando vió que empezaba á quebrar la aurora.

El destino había puesto allí punto y aparte en el curso de su vida; ya no podía recrearse en los rosados ensueños de ayer, que se habían convertido, por obra del egoísmo de doña Milagros, en negra pesadilla. Su dignidad y su sosiego le exigían que mirara de frente; y así, lo que ayer, cuando hablaba con el señor cura, fué proyecto lejano, casi caprichoso, trocábase hoy en necesidad apremiante: no quedaba en pie, entre todas aquellas ruinas de lo pasado, sino el afán de ser útil á sus padres.

La joven ya no vivió hasta que pudo ir á casa de Elsa; y, aunque á ella le parecía muy tarde, todavía estaba el matrimonio á la mesa, tomando el desayuno, cuando les fué anunciada la visita.

—Que entre, que entre... ¡Pase usted, Rita!.. Siéntese y tomará con nosotros una taza de café. Qué, ¿se siente mal? ¡Qué cara tan desencajada trae usted!

Mientras Elsa le servía la aromática infusión, Carlos le presentaba un cestillo con tostadas y manteca.

—Mire usted qué bien educado tengo á mi marido... Vaya, que le ha preparado á usted esa tostada con mucho garbo; otros hombres no tienen esa habilidad...

—Sí, Rita, hija mía, observó Carlos en tono de lamentación burlona, es una terrible verdad, pero mi mujer me tiene por completo bajo su dominio.

—Cuando el marido lo confiesa, la situación no será tan grave..., contestó Rita esforzándose por seguir la broma.

—Hoy le explicaré á usted cómo hay que tratar á estos caballeros, dijo, sonriendo, la amable dueña de la casa. Así, á lo menos, le aprovechará mi experiencia para...

—Eso quiere decir que estoy sobrando, interrumpió Carlos; pero también me encargaré yo de aconsejar é instruir á otras personas.

Diciendo esto se levantó, y después de despedirse de su esposa y de Rita añadió:

—Hoy no me esperes hasta la noche.

Elsa salió al balcón y le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido. Luego, volviéndose á Rita, dijo:

—¡Cuánto sentí que se fuera usted ayer tan pronto! Nos divertimos mucho... Pero más que yo, la echó á usted de menos un caballero que sólo por usted volvió á la fiesta.

—Ya le vi llegar...

—Y ¿á pesar de eso desapareció usted?, preguntó Elsa con asombro. De modo que usted ¿no le quiere? Lo siento, porque me es muy simpático.

Rita se conmovió de tal modo que Elsa se arrepintió de haber tocado este tema; pero creyendo que separaba á los novios algo de poca monta, tenía empeño en reconciliarlos.

Cayetano le había hecho fácil la empresa; pues estaba deseando oír cuanto Elsa le decía en descargo de Rita; pero ésta, oyendo á su nueva amiga, no hacía sino apretar los labios, y aunque la emoción y la pena le traían y llevaban los colores al rostro y la dejaban blanca como el papel, alternativamente, no parecía dispuesta á variar de propósito.

—¡Qué dominio de sí misma tiene esta muchacha!, pensaba Elsa. Así me engañó, cuando, al verlos, creí que Cayetano le era indiferente.

Y, viendo el sufrimiento de la joven, se apresuró á cambiar de conversación, diciendo, con la mayor naturalidad:

—Ea, y ahora á lo prometido: voy á buscar mi gramática alemana.

Con este pretexto desapareció, para que Rita tuviera tiempo de tranquilizarse, y esperando que Cayetano, comprendiendo la indicación que le había hecho la víspera, viniera personalmente á defender su causa.

Al cabo de dos horas de estudio, casi sin levantar cabeza, la profesora dijo á la alumna:

—Pronuncia usted muy bien, y tiene facilidad para este idioma. Si viene todos los días, no tardará usted mucho en hablar alemán. En recompensa y en pago de su lección le enseñaré á usted una preciosa canción de mi país. Es muy sencilla, y el acompañamiento se reduce á unos cuantos acordes... Vea usted, aprenda las palabras de memoria que ya se las traduciré:

«Abrete, corazón, y ensanchate como la bóveda de los cielos...» leyó Rita en alemán, casi de corrido, aunque con marcado acento extranjero. La joven tenía excelente oído para la música, y al cabo de un rato encantábase Elsa oyéndola entonar su canción favorita.

—Ahora ensayemos juntas este dúo, insistió Elsa entusiasmada.

El dúo salió también á pedir de boca.

—¡Qué lástima que no nos oiga nadie! Pero ya que no hay quien nos aplauda, aplaudiré yo.

Elsa iba, efectivamente, á palmoear, cuando el criado anunció la llegada de Enrique Boulanger y mister John.

—Precisamente los que menos falta hacen, murmuró la alemanita contrariada, bajando las manos.

Pero no pudo negarse á recibirlos; pues, sin duda, las habían oído cantar desde la calle. Elsa iba á cerrar el piano, cuando aparecieron en la puerta los dos extranjeros.

—Perdone, usted, señora, que hayamos invadido este santuario de la música; pero no hemos podido resistir la tentación...

—Siento que no encuentren ustedes á mi marido; pero tomen asiento, dijo, señalando unas butacas.

Luego, dirigiéndose al inglés:

—Le presento á usted mi nueva amiga Rita González... Supongo que no se conocen ustedes,

—No, contestó mister John en un castellano desastroso, pero siento placer en conocerla.

Ambos caballeros suplicaron con tanta insistencia que repitiera la canción interrumpida, que Elsa, aunque de mala gana, hubo de acceder, advirtiendo que no admitía censuras, ya que sólo se trataba de un ensayo. Pero la observación fué superflua, porque el público más exigente no hubiera podido poner un pero á la interpretación de la bella melodía.

—Aquí se ve palpablemente la diferencia entre la mujer y el hombre, dijo Enrique á Elsa. Nosotros nos quebramos la cabeza para resolver alguna dificultad, mientras que ustedes la resuelven pronto, prestando ayuda en el acto; pues no cabe duda en que ha estado usted ejerciendo de profesora...

—O de alumna, respondió Elsa, pues pienso adelantarse en el castellano algo más que el bueno de mister John.

Este se hallaba como embozado mirando á Rita.

—Verdad es, continuó Elsa, que para mí la cosa es mucho más importante, puesto que he de quedarme en España... Es decir, añadió encarándose con mister John, para obligarle á desviar sus ojos de Rita, que, azorada, hojeaba un libro, ¿usted piensa permanecer mucho tiempo en este país?

El inglés, como despertando de un sueño, contestó:

—Ahora ya no lo sé.

—Y usted Sr. Boulanger, ¿pasará el verano en las minas?, preguntó de nuevo Elsa volviéndose á Enrique, que sonreía burlonamente mirando al flemático mister John.

—¡Oh! Ahora..., ahora tampoco lo sé.

—Me alegro; así nos espera un verano divertido. Rita, ya tenemos á nuestra disposición dos buenos músicos y bailarines, de modo que no faltarán danzas ni conciertos.

—¿Le molestaría á usted que repitiéramos la salve de ayer?, preguntó Boulanger á Rita en tono suplicante. Seguramente la sabrá de memoria.

Rita era enemiga de toda afectación, pero aquel ruego la disgustó sobremanera; así es que contestó:

—No sé el acompañamiento, y, por tanto, no puedo cantar.

—¡Ah! Eso no importa... Yo la acompañaré.

Y, sin más preámbulo, sentóse al piano y comenzó á prelujar la salve.

La joven no pudo resistir al empeño del francés y á los ruegos de Elsa, y cantó, corrigiendo involuntariamente á Enrique cuando éste se paraba ó se equivocaba; y ni músicos ni oyentes, ya por completo abstraídos, advirtieron la llegada de un nuevo visitante.

Rita, en aquel momento, se inclinaba hacia Enrique para atender las observaciones que éste le hacía sobre su voz, y Elsa hojeaba con mister John su cuaderno de canciones alemanas, señalando y discutiendo las más conocidas, cuando oyó decir á su espalda:

—Doña Isabel, deseaba saludar á usted antes de ir en busca de Carlos...

Ambas jóvenes se volvieron sorprendidas á mirar á Cayetano, que no era otro el recién llegado; el cual, contemplando á los reunidos y sonriendo sarcásticamente, confesó que comprendía muy bien que ante el poder de la música y de aquel canto seductor no había otra salvación que la fuga.

—Perfectamente, mi Sr. D. Cayetano, dijo Elsa. Ese tonillo irónico merece un castigo y se lo impondré á usted obligándole á escuchar el dúo que ensayábamos Rita y yo cuando nos sorprendieron estos caballeros... Nada, nada, Rita; no hay escape, añadió al ver que la joven hacía signos negativos con la cabeza; es preciso cantar para castigarle.

Cayetano, al oír cantar á su amada, la vió convertida en una mujer enteramente distinta de lo que era: ya fuese por la extraña influencia de aquel idioma incomprendible, ya por la melodía, sentimental y exótica, bien por la joven misma y el lugar en que la encontraba, ello es que le pareció ver á Rita á una distancia inmensa de él, y hubo de esforzarse mucho para recordar que, aun ayer, era su novia; que la había estrechado entre sus brazos y ella había respondido á sus caricias con el amor y la confianza de la mujer enamorada. Y se decía:

—¿A qué habré yo venido?

Era necesario que se acostumbrara á ver en Rita, á la cantante, ó á hallarla al lado de un hombre que se acercara más á sus aspiraciones y anhelos artísticos, que comprendiera y desarrollara su talento musical y su voz prodigiosa. Por mucho que Cayetano sufriera y aunque se le desgarrara el corazón, no debía aparentar menos indiferencia y arrogancia que la joven, tanto más cuanto Boulanger, con sus ojos escrutadores, parecía escudriñar hasta el fondo de sus entrañas.

—Tiene razón el Sr. Boulanger; esta señorita ha nacido para el canto, y sólo deseo que el arte la resarza de lo mucho que acaso tenga que sacrificarle...

Inclinóse después cortésmente ante Rita, estrechó la mano de Elsa, á quien dió gracias por el agradable castigo que le había impuesto, y quiso retirarse.

Elsa miró compasivamente á Rita y pensó:

—No, pues así no te me escapas.

Y volviéndose á Cayetano, dijo:

—Tengo que pedirle á usted un favor; darle un encargo para mi marido. Si no tiene usted mucha prisa y quiere aguardar un momento...

No necesitó acabar la frase; Enrique y mister John, comprendiendo la discreta insinuación de la joven, se apresuraron á despedirse. Elsa los acompañó hasta la puerta, y, al volver, suplicó á Rita y á Cayetano que la disculparan unos minutos: había descuidado sus deberes de ama de casa y tenía que echar un vistazo por la cocina... Y los dejó solos.

—Rita, dijo en voz temblorosa Cayetano, después de un rato de silencio, ¿persistes en tu decisión de anoche? ¿Qué mal te he hecho para que te sea tan indiferente mi desgracia?

—Sólo me has hecho bien, Cayetano, y nunca lo olvidaré, contestó la joven blandamente; pero no puedo retroceder: creerías que sólo había obrado por capricho ó ligereza, y no quiero que pienses tan mal de mí. ¡Ojalá pudiera hacerte comprender que tu felicidad es para mí antes que el mundo entero!

—Entonces escucha lo último que voy á decirte; pues ya ni puedo ni quiero volverte á ver: Guárdate de ese Enrique; es un hombre de malas costumbres, estragado por una vida de placeres, y que sólo busca nuevos goces en nuestra vida sencilla, en estos montes. ¡Ojalá no te hubiera visto nunca! Para él eres y serás un juguete, un capricho; con el pretexto de la música y del canto te hará desgraciada, y yo no podré protegerte contra sus truhanerías... No olvides mi consejo, aunque me olvides á mí mismo.

Rita quiso rechazar el aviso con arrogancia; pero la última frase de Cayetano la hizo responder con mansedumbre:

—Gracias, Cayetano, por tu advertencia; puedes creer que ese caballero no ha influido para nada en mi decisión.

—Pero ejercerá su influjo mágico sobre tu destino, sobre tu suerte futura... Me lo dice el corazón y esto me desespera y enloquece.

—Pues te aseguro que si mi destino es ser desgraciada, no lo sabrás tú nunca. Yo, en cambio, presiento que á tí te esperan la riqueza y la felicidad, y eso me llena de alegría; pues algo de esa felicidad tuya quizás ilumine la desventura que me anuncias: ya ves que soy mejor profeta para ti que tú lo eres para mí, y es seguro que yo seré antes olvidada que tú...

Las últimas palabras fueron dichas en tono tan bajo, que Cayetano apenas las oyó; pues Elsa volvía haciendo ruido con sus llaves.

—Para que sepan que llego, pensaba sonriendo la alemanita, que se quedó helada al ver á ambos jóvenes tan tristes.

—Nos acompañará usted á comer, Cayetano, dijo, haciendo la última tentativa; pues mi marido no vuelve hasta la noche.

—No puedo, señora; me es de todo punto imposible, respondió Cayetano; mi madre me espera... Otro día será; hoy no puedo, no puedo...

—Bueno, pues acepte usted una copa de jerez; no me desaire usted.

El joven la bebió de un trago, y, después de estrechar la mano de la dueña de la casa, se dirigió á la puerta, desde la cual, volviéndose, dijo:

—Adiós para siempre, Rita... Y ¡Dios quiera que no tengas que arrepentirte de lo que has hecho!

Rita, temblando, se apoyó en una mesa para no desplomarse; pero dejó marchar á Cayetano sin hacer ademán de retenerle.

—Ahora sí que ha acabado todo, murmuró Elsa tristemente; si llego á saberlo les ahorro esta última entrevista.

Rita se acercó al balcón para que el aire de la sierra le refrescara la ardorosa frente. La angustia le oprimía el corazón, como si en aquel momento hubiera perdido el sostén y apoyo de su vida; como si le faltara el suelo firme en que descansar los pies ó navegase en un mar alborotado, á merced de las olas. ¿Había mayor crueldad que anunciarle un porvenir triste, cuando tan necesitada estaba de consuelo y de ánimo para ahogar su pena presente?

Elsa la invitó á sentarse á comer con ella; pero aunque la joven hizo todos los esfuerzos imaginables no pudo tragar bocado.

—¡Pobre niña!, exclamó Elsa abrazándola. ¿Qué haría yo para que no estuviera triste?

—Nada, dijo Rita con voz ahogada.

—¿No tiene usted confianza en mí?

—Sí, sí; de otro modo ¿cómo me hubiera atrevido á rogarle que me enseñara el alemán?

—Pues si es así, cuéntemelo todo; quizás la cosa

tenga mejor arreglo de lo que usted se figura.

Elsa acarició suavemente el cabello de Rita, mientras le apretaba la cabeza contra su pecho; y ante esta espontánea demostración de cariño deshízose en lágrimas el hielo que, al parecer, cubría el corazón de la joven, la cual dijo, entre sollozos:

—Doña Isabel, ¿cree usted que haya personas predestinadas á la desgracia, que por mucho que hagan no puedan escapar á su sino?

—¡Qué disparate, Rita! No lo creo... Eso sería una injusticia que no cabe que Dios la haga; pues el Señor no abandona nunca á quien pone en él su confianza. Aunque sus caminos sean diferentes de los nuestros, al fin y á la postre hemos de creer en su justicia...

—Yo creo que el de mi vida será muy espinoso. Hoy he enterrado para siempre mi juventud, mis amores y mis esperanzas, y eso que sólo tengo diez y siete años.

Los labios de la joven se contrajeron de dolor.

—¿Y por qué se empeña usted en variar de vida?, preguntó Elsa. ¿A qué obedece ese cambio tan repentino?

—Hace algunos días le hubiera contestado á usted que sólo por demostrar á su madre, que tanto me ha ofendido y despreciado, que estoy moral é intelectualmente tan alta que puedo conquistarme el amor de su hijo por mis propios méritos. ¡Ay, cuánto me arrepiento ahora de haberle mortificado un día y otro día por pura vanidad y amor propio! Pero me desesperaba que la gente no viera en nuestras relaciones sino una suerte inmerecida para mí, y se encogiera de hombros por el disparate de Cayetano al elegirme entre todas. ¡Como si mi padre no hubiera sido un caballero tan noble, generoso y bueno como pueda serlo el más altivo aristócrata! Y ¿qué podían echarle en cara á mi pobre madre, sino su laboriosidad y su abnegación? Verdad es que á Cayetano le preocupó muy poco la opinión de los demás, y todo eso no tiene ya importancia...

Rita se ahogaba de pena; tenía las mejillas rojas como la grana; los ojos encendidos, bañados en llanto; la garganta seca, y el corazón golpeándole fuertemente el pecho. Las palabras salían de sus labios entrecortadas, torpés, como si no quisieran obedecer á la voluntad ni al pensamiento.

La niña suspiró dolorosamente y continuó, haciendo un esfuerzo:

—Anoche tuve una entrevista con su madre, y ésta exigió de mi cariño que renunciara para siempre á lo que era mi ilusión; pues Cayetano pierde el título y la herencia si se casa con otra muchacha que no sea Silvia... Pero no para aquí el sacrificio; doña Milagros me advirtió que sólo yo podía y debía decidir en el asunto, negándome á continuar las relaciones; pues sabe que su hijo es capaz de despreciar esa fortuna, y todas las riquezas del mundo, por no dejarme... ¿No le parece á usted una crueldad horrible, una feroz hipocresía de esa señora, el ceder á la exigencia de Cayetano y dar su consentimiento para nuestra boda, mientras que á espaldas de su hijo me obliga á despedirle, á desdeñarle, á que pisotee yo misma mi felicidad y le haga creer á él que esta conducta mía es debida á mi afición por el arte, ó, si á mano viene, á una inclinación por el francés?

La fisonomía de Rita cambió repentinamente al llegar á este punto; la idea de que alguien pudiera equivocar sus sentimientos respecto del francés, la sublevaba; y así, llena de indignación, continuó la joven refiriendo los pormenores de su conversación con Cayetano y con la madre de éste; pero poco á poco, como si aquel desahogo hubiera sido el mejor calmante, apagóse su excitación y tranquilizáronse sus nervios, y cuando, concluido el relato, comunicó á Elsa su pensamiento y resolución de hacerse institutriz, ya había recobrado completamente el dominio de sí misma.

—Y ahora acabó ese ensueño de los amores y empieza la gramática y el diccionario... En casa no hago falta alguna, pues mi padre, desde que padeció aquel ataque, apenas si me conoce, y eso que siempre hemos vivido el uno para el otro; lo menos que puedo hacer por él y por mi buena madre es aliviarles la carga, contribuyendo al sostenimiento de la hacienda. Estos son todos mis secretos, y bien sabe usted que tengo energía para realizar lo que me propongo.

—Cuenta con mi amistad para siempre, respondió Elsa conmovida. Si has perdido el novio, en cambio has encontrado una hermana. Ya ves que te tuteo, y exijo que me tutees tú también y me quieras como hermana. Lo demás ya lo hablaremos con Carlos, que sabrá darte un buen consejo. Por de pronto me acompañarás á casa de mi tía Juana; es preciso que saigas de tu concha y te acostumbres al trato de gentes.

Rita hizo un mohín, como si le repugnara la invitación, y dijo:

—Es tan orgullosa... Seguramente no le agrada mi visita.

—A eso tendrá que avenirse por fuerza, si es que no quiere renunciar á la mía; pues ahora tú y yo nos pasaremos la vida juntas.

Rita hubo de someterse, y poco después pasaban ambas á la casa contigua.

—¿Cómo es que no te he visto en todo el día, Isabel?, dijo doña Juana saludando á su sobrina.

—He estado muy atareada con esta compañera... Hemos estudiado y hecho música juntas, pues Carlos está fuera hasta la noche.

Doña Juana saludó á Rita con una leve inclinación de cabeza, y Elsa trató de disimular la frialdad del recibimiento con su charla afectuosa y animada.

—Tía, ¿sabes ya la última aventura de mister James? Por poco le llevan maniatado á la casa de locos...

Doña Juana, sonriendo, movió negativamente la cabeza.

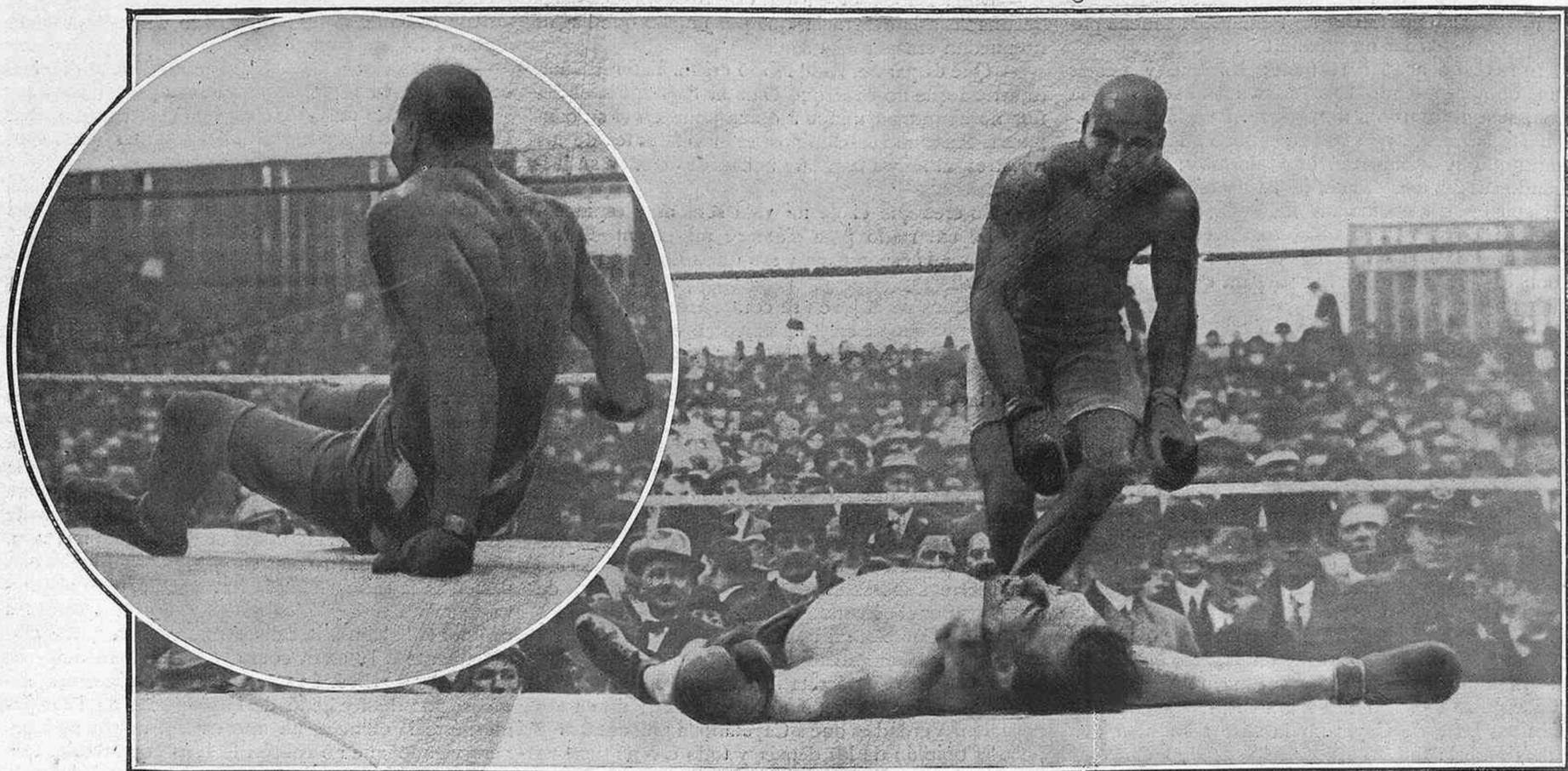
—Pues te la referiré, porque es digna de que la conozcas... Figúrate que James llegó á uno de los más míseros villorrios de la Montaña con objeto de reconocer unas minas. Hospedóse en la posada, y, para comer, estuvieron sirviéndole cuatro días seguidos la misma gallina que había dejado, por dura, la primera vez, y á la cual seguían unos huevos fritos con aceite rancio y unas patatas rabiosas de tanto pimentón. Como te digo, cuatro días soportó nuestro inglés con paciencia la misma comida recalentada, pero al quinto, fuera de sí, cogió los platos y, uno tras otro, los tiró por el balcón á la calle, sentándose después tranquilamente á la mesa como si no hubiera ocurrido nada. Al oír tal estrépito y enterarse de la causa, subió la posadera y llenó de improperios á mister James: éste la escuchó un rato con el mayor sosiego, pero viendo que no callaba le hizo comprender que si no tenía la lengua iría por el mismo camino que la vajilla. La posadera se indignó más y arreció en sus insultos, y James la agarró y la echó bonitamente por la escalera abajo. Ya te puedes imaginar la que se armaría entonces: el marido, que había acudido en defensa de su mujer, fué también rodando por la escalera, y detrás de él los muebles de la habitación. Arremolináronse los vecinos á la puerta de la posada, y el alcalde dispuso que el loco fuera atado en una carreta y trasladado al manicomio, para evitar mayores males. Algunos mozos del pueblo, armados de hoces y palos, tomaron á su cargo la vigilancia de la casa; y, mientras tanto, mister James encendía un cigarro y contemplaba sonriendo desde el balcón las precauciones de los vecinos. Luego se entretuvo tirando cigarrillos á sus guardianes, hasta que reapareció el alcalde acompañado del médico, el primero enseñando á mister James el bastón de autoridad, y el segundo empeñado, con afectuosa tenacidad, en sangrar al loco, para disminuir la fuerza de los ataques, si volvían. Resistió el inglés todo lo que pudo, pero al ver que ni el alcalde ni el médico se daban á partido, probó á reducirlos dándoles dos tremendas bofetadas. No te quiero decir lo mal que lo hubiera pasado mister James sin la providencial aparición de Enrique Boulanger, que, al darse cuenta de lo ocurrido, creyó morir de risa. Ya sabes que el francés anda siempre por esos montes, y que la gente le quiere mucho por su generosidad. Pues bien, aprovechando este ascendiente, pudo tranquilizarlos á todos diciéndoles, poco más ó menos: «Eso no es nada, señores; pasado el arrebato, mister James es tan inofensivo como un niño de pecho. Ya verán ustedes que yo me lo llevo como un cordero y que no es capaz de hacer daño á nadie. El ataque le da cada siete años, porque cuando tenía esa edad le mordió un perro, que decían si estaba ó no estaba rabioso; y lo extraño es que el último palo se lo lleva siempre la autoridad: es su manía... Si en vez del alcalde, hubiera sido el rey, á éste le hubiera tocado la bofetada. Lo mejor será que no hagan ustedes caso; pues, precisamente, si ofendió al señor alcalde, con ello quiso demostrarle que le reconocía como autoridad y respetaba su mando. Claro está que se pagarán los daños y perjuicios ocasionados por el enfermo... ¿Qué les parecería á ustedes si nos quitáramos de encima el susto con unos cuantos tragos de lo bueno? Yo convido. Acaso haya por ahí algunos tiernos descendientes de esta anciana venerable, añadió señalando el esqueleto de la gallina causa del tumulto, y si es así, que los ase la patrona y nos los sirva acompañados de unas tortillas decentes. Al enfermo hay que darle de comer algo, pero sin esta salsa de pimentón; pues sólo con verla le repetiría el acceso, creyendo ver sangre...»

Doña Juana no pudo menos de soltar el trapo, y Rita sonrió.

(Se continuará.)

EL «ROUND» QUE JAMÁS OLVIDARÉ

Continuando la información de los dos anteriores números, publicamos en el presente las respuestas de Stanley Ketchell y de Freddy Welsh



El último gran

Stanley Ketchell quería conquistar el título de campeón del mundo ma, el día 16 de octubre de 1909. Logró poner *knock down* a John y le puso *knock-out*.

RESPUESTA DE STANLEY KETCHELL

El *round* que más me ha impresionado de todos los de mi carrera, el que acude siempre á mi memoria cuando hablo de mi *record*, es el décimocuarto de mi *match* en veinte acometidas con Joe Thomas, el campeón del mundo de los *welter-weight* de la época. Hasta entonces era yo conocido tan sólo como un bueno y diestro boxeador en Montana, ciudad en donde había debutado, y en sus alrededores, y aunque jamás había sido derrotado, no se me consideraba todavía como un campeón ni siquiera como algo que á campeón se aproximase.

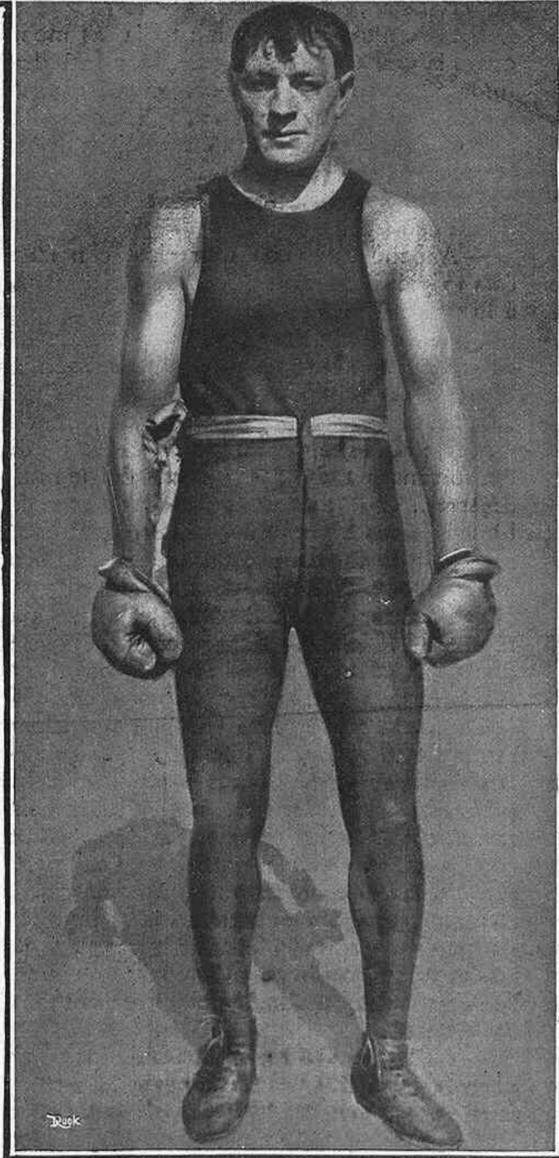
Joe Thomas, en cambio, era uno de los más fuertes y hábiles combatientes que hayan calzado zapatos de boxeo, como se dice; era campeón del mundo de los *welter-weight* y los inteligentes le tenían por el mejor hombre de su peso. El derrotarle había de producirme naturalmente bastante más que el valor de un paquete de agujas.

El *match* se disputó en Marysville, pequeña ciudad situada á cincuenta millas de San Francisco, el 4 de julio de 1907. Había yo ido desde Montana para prepararme á aquella población, en donde estaba destinado á proporcionar una nueva víctima á Thomas, y aunque lleno de confianza en mi habilidad, sentíame un tanto nervioso el día del encuentro.

Hasta aquel famoso décimocuarto *round* que he indicado como el más interesante de mi carrera, el combate asombraba á los espectadores, que estaban estupefactos al verme dar semejante batalla á mi adversario. Cuando nos pusimos frente á frente por la décimacuarta vez, una idea cruzó por mi mente: «Si triunfo, decíame, mi nombre será inmediatamente famoso, y entraré en la categoría de los campeones;» y esta idea redobló mi energía é hice todos los esfuerzos imaginables para trabajar lo mejor y lo más pronto posible.

Simulando un golpe con el puño derecho al corazón, cambio rápidamente la posición de mis pies y tiendo mi brazo izquierdo hacia la cabeza con fuerza terrible, y lanzo á Thomas á tierra. Cuando se levantó era, según opinión de los periodistas, *groggy* de un modo decisivo, y únicamente el gongo podía salvarle. Los seis últimos *rounds* del *match* fueron terribles; Thomas hacía en vano los imposibles para recobrar su serenidad, y finalmente, después de una lucha animada, el *referee* declaraba el *match* nulo. Más adelante derroté á Joe Thomas despojándole del título.

Ya ve usted, pues, que á pesar de mi larga lista de encuentros y aunque he conquistado dos campeonatos del mundo, el de los *welter* y el de los *middle-weight*, nunca he encontrado un *round* tan grato, tan capital para mí, como el décimocuarto de mi combate con Thomas. Como ya le he dicho, aquel *round*



Stanley Ketchell

Campeón del mundo de los pesos medios. Nació en 14 de septiembre de 1887; fué asesinado por un *cow-boy* en 16 de octubre de 1910.

«match» de Ketchell

de los pesos grandes y luchó con Jack Johnson en Calson en el duodécimo *round*, pero el negro se levantó

hizo de un hombre más ó menos conocido un boxeador que inmediatamente se colocaba en primera fila de los profesionales del *ring* moderno.

STANLEY KETCHELL

campeón del mundo de los pesos medios

RESPUESTA DE FREDDY WELSH

¿Mi *round* más terrible? ¿El *round* del que me acordaré toda mi vida? He de comenzar por decir á usted que no estoy cortado por el patrón de los combatientes que triunfan merced á ataques repentinos y dramáticos. Mi método en el *ring* es muy distinto: gano progresivamente contando con mi resistencia y mi aliento y azotando gradualmente á mi adversario; me contento con tantear á mi hombre en los primeros *rounds* y le combato en consecuencia. Pero el *match* que constituye el momento crítico de mi carrera, convirtiendo á un desconocido, como yo era, en la estrella que hoy reconoce en mí el público, fué una excepción de aquella regla general; es decir, que no triunfé por mi resistencia y por mi aliento, sino efectuando una variación inesperada y emocionante en el *match*, en el momento en que la mayoría de los espectadores me creía más que derrotado.

Aquel cambio realizóse en el séptimo *round* de un *match* de veinticinco acometidas en la Costa del Pacífico. Luchaba con Phil Brock en el Jeffries Athletic Club de Los Angeles, el día 30 de mayo de 1908. En aquella época, Phil Brock era el boxeador más popular entre el público deportivo de aquella ciudad y yo pensaba que si conseguía derrotarle, hallaría en situación de encontrar *matches* con los mejores hombres de la categoría de los pesos ligeros; por esto me había entrenado con toda mi alma y con toda la energía de que era capaz. Pero la mala suerte debía perseguirme.

Corriendo por la carretera una semana antes del encuentro, tuve la desgracia de aplastarme un pie, que se me hinchó en seguida, y me vi obligado á guardar cama hasta el momento del *match*, cuidado día y noche por dos especialistas y una enfermera.

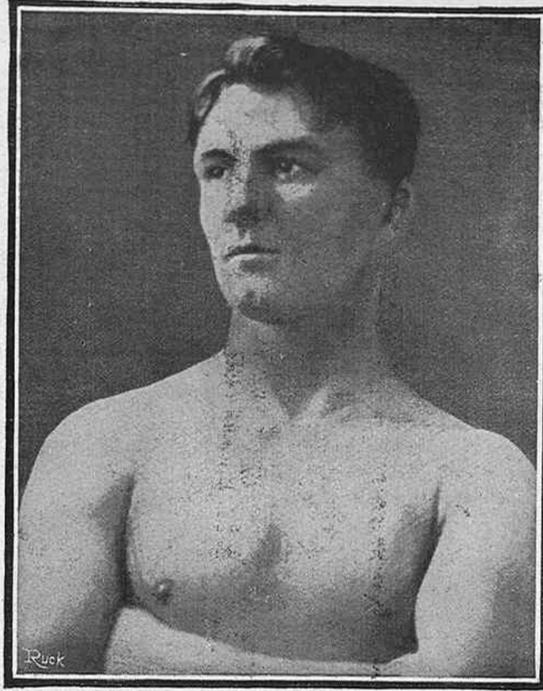
La mañana del día fatal, uno de los cirujanos, que había esperado toda la semana para jugar el todo per el todo, inyectóme una droga en el pie y me lo vendó vigorosamente, comprimiendo de este modo con un violento vendaje lo

tendones hinchados. Levantáronme de la cama y me transportaron en automóvil al club á la hora precisa de empezar el *match*. Me colocaron en el *ring* y me situé en el centro. Durante siete *rounds*, descansando todo el peso de mi cuerpo sobre un solo pie, no me aparté del sitio en que me había puesto más allá de un radio de tres metros. La pierna me dolía horriblemente al principio; pero á medida que avanzaba el combate, el dolor lancinante empeoraba, por lo que yo no procuraba más que mantenerme firme en mi sitio.

Afortunadamente para mí, en ningún momento perdí la sangre fría. Mi situación desesperada sirvióme por lo menos para ser prevenido y prudente y pasé el tiempo empleando todas las tretas y habilidades del *ring* que había aprendido hasta entonces. Comprendí que podía derrotar fácilmente á mi adversario si sus pies no estaban literalmente clavados en el suelo; y ahora puedo confesar á usted que semejante posición es espantosa para un boxeador. Permanecí allí todo el tiempo arrastrando la pierna, suplicando á mi corazón que no flaquease con la horrible aprensión de lo inevitable, ó á lo menos de lo que parecía inevitable á todo el mundo y hasta á mí mismo. Dábame cuenta de que no podría mantenerme largo tiempo en aquel estado, y los más terribles castigos distribuidos en el *ring* no pueden compararse con los dolorosos sufrimientos que me torturaban el cuerpo desde los pies hasta los cabellos.

Llegó en esto el séptimo *round* y me levanté de mi ángulo muy suavemente, tan intenso era mi dolor. Brock, muy descansado, apenas sonó el gongo precipitóse sobre mí, distribuyéndome con ambos puños multitud de *hooks* y de *jabs* que me hacían saltar del suelo y proporcionaban á la inmensa mul-

titud una gran alegría; todos los espectadores comprendían que se acercaba el fin y que en pocos se-



Freddy Welsh
Campeón de Inglaterra de los pesos ligeros

gundos iba á vencerme Brock, el gran favorito del público de Los Angeles.

De pronto, con la velocidad del rayo, algo parece estallar en mi organismo; el sudor inunda mi cuerpo y siento repentinamente un gran alivio. ¡Maravilla de las maravillas! Mi pie recobra toda su agilidad y me encuentro capaz de danzar sin molestia alguna alrededor del *ring*. Más aún, al término de mi suplicio sucede una reacción bienhechora y me siento dispuesto á todo. El *match* parecióme entonces cosa de juego y en vez de sumirme en tales reflexiones profundas, comienzo á combatir inmediatamente.

No recuerdo el modo cómo boxeé en aquel séptimo *round*, pero desde aquel instante, y para recuperar el tiempo perdido, resistí á Brock con la energía de un demente y poco á poco adquirí ventaja, no parando un momento de golpear por miedo de dar á mi adversario tiempo para reponerse. Por fin triunfé fácilmente y acto seguido firmé un *match* para luchar con Packy Mac Farland.

¿Qué es lo que pudo producir en mí este cambio en el séptimo *round*, ese famoso séptimo *round*? Según parece, la fiebre que agitaba mi cuerpo y el calor del combate habían hecho obrar la droga que el cirujano me había introducido en el pie.

De todos modos puedo decir que desde que ejerzo la profesión de boxeador nunca he sentido tanta gratitud por un asalto, puesto que en él un punto crítico me convirtió, con la rapidez de un kaleidoscopio, de vencido seguro en vencedor. Y aun ahora, cuando dirijo una mirada al pasado, lanzo un suspiro de satisfacción al recordar mi séptimo *round* con Phil Brock.

FRED WELSH

campeón de Inglaterra de los pesos ligeros

Las casas extranjeras y españolas que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA diríjanse para informes á los editores Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núm. 255. — Barcelona



JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR

D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS
HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

por
D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA LA MUERTE DE ALFONSO XII
por
D. JUAN VALERA, ANDRÉS BORREGO,
ANTONIO PIRALA y JOSÉ COROLEU

Esta obra consta de 25 tomos de 350 á 400 páginas de extensión; contiene 88 magníficas cromolitografías que reproducen objetos artísticos, códices, autógrafos, armas, buques, etc., etc.; preciosos mapas; numerosos grabados intercalados, copias de monumentos, retratos de monarcas españoles y una selecta colección de monedas de todas épocas. - Se vende á cinco pesetas cada tomo en toda España.

MONTANER Y SIMÓN. - EDITORES



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL 35 105 RES

JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

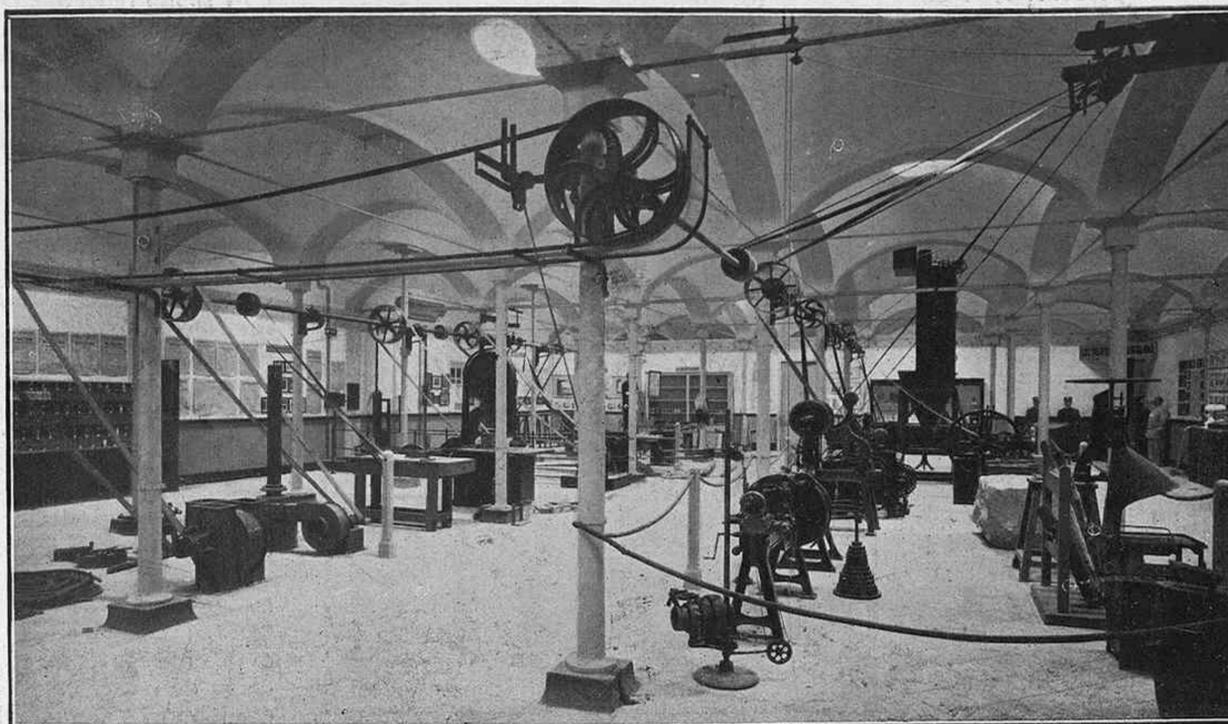
F^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico. el unico Inalterable. - Exlixir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

BARCELONA.—EL MUSEO SOCIAL. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Este museo, cuya inauguración oficial se habrá efectuado seguramente al llegar este número á manos de nuestros subscriptores, tiene por objeto el estímulo y el fomento de toda iniciativa y actividad en bien de las clases menos acomodadas, y se halla instalado en los bajos del grandioso edificio destinado á Universidad Industrial y que antiguamente fué fábrica de Batlló, en el Ensanche de esta ciudad.

Es, á la vez, museo de trabajo, ó sea exposición permanente de aparatos protectores contra los accidentes, y de higienización de talleres é industrias así como de todo cuanto pueda fomentar el bienestar de las clases antes citadas. Para la realización de sus múltiples fines emplea principalmente los siguientes medios: un local para instalar una exposición permanente de Economía social; una biblioteca y una sala de trabajo públicas; un servicio de Estadística para comunicar antecedentes y datos respecto del movimiento social; dar contestación á



Vista de una de las salas destinadas á instituciones sociales

Unión y defensa de los montepíos de Barcelona, Colegio de Sant Jordi y Real Asociación Española en favor de los ciegos.

En la segunda sala; proyecto de barriada obrera presentado á la Diputación provincial por el diputado Sr. Nogués; colonia obrera de la fábrica Merck de Darmstadt, casas obreras construídas en varias naciones; ciudad-jardín de Port Sunlight (Inglaterra), barriada obrera de Bilbao, fundación Rothschild, proyecto de casas para obreros del Sr. Callén, ciudad obrera de Bourneville (Inglaterra), escuelas profesionales de los Talleres Salesianos de Sarriá, Patronato Escolar Obrero de Mataró, Congregaciones Marianas del Sagrado Corazón, Centre Autonomista de Dependents del Comers, Asilo Toribio Durán, Asociación Internacional para la protección del obrero, Association polytechnique pour le développement de l'ins-truction populaire, colonia Güell, la Neotipia, Bolsa del Trabajo del Fomento del Trabajo Nacional, Asoc-



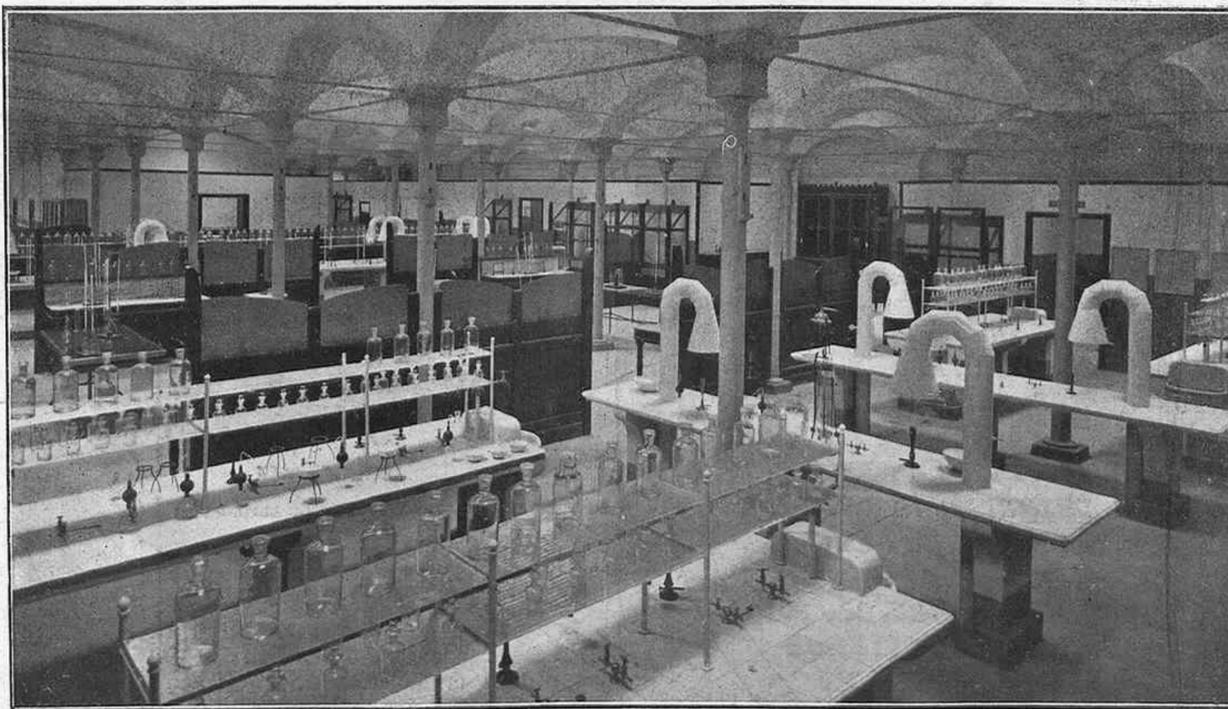
Vista general de otra de las salas destinadas á instituciones sociales

consultas relativas á la creación de obras sociales, situación y marcha de las existentes y mejoramiento de que puedan ser objeto; la organización de extensiones, cursos, conferencias, etc., y la publicación de libros, revistas, folletos, hojas, etc., en armonía con los fines que persigue.

Consta el local de cuatro grandes salas, destinadas dos de ellas á instituciones sociales, otra á higiene industrial y otra á cuanto hace referencia á la prevención de accidentes del trabajo.

En la imposibilidad de describir y aun de citar todas las instalaciones, mencionaremos las más importantes.

En la primera sala: quinta de salud La Alianza, Asilo Cuna del Niño Jesús, Acción Social Popular, Salas de Asilo, Institut de Cultura y Biblioteca Popular de la Dona, colonias industriales de Rosal hermanos, Sedó y C.^a y Pons y sobrinos, Económica Barcelonesa de Amigos del País, manicomio de San Baudilio de Llobregat,



Laboratorio de Química de la Universidad Industrial

ciación de Viajantes, Caja de Ahorros Escolar de San Juan Despí, Sanatorio obrero de Berlín, Ayuntamiento de Barcelona, Patronato para las obreras de la aguja, Caja de Pensiones para la vejez, Cruz Roja, Casa de Caridad, Casa de Maternidad y Expósitos, Tranvías de Barcelona, Caja de Ahorros y Cárcel modelo.

En la tercera sala: muchos é ingeniosos aparatos para prevenir los accidentes directos en el uso de las máquinas y otros para evitar riesgos más indirectos; estudios acerca del coste de los alimentos y análisis químicos de los mismos; aparato del Sr. Ramoneda para prevenir los accidentes de los ascensores y colección de venenos é intoxicaciones producidas por los polvos y vapores de las labores industriales.

En la sala cuarta: estudios de la campaña antialcohólica en el extranjero, gráficos y estadísticas del Patronato de la lucha contra la tuberculosis, sección del movimiento sindical católico de Bélgica, y otras varias. — P.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **FILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN